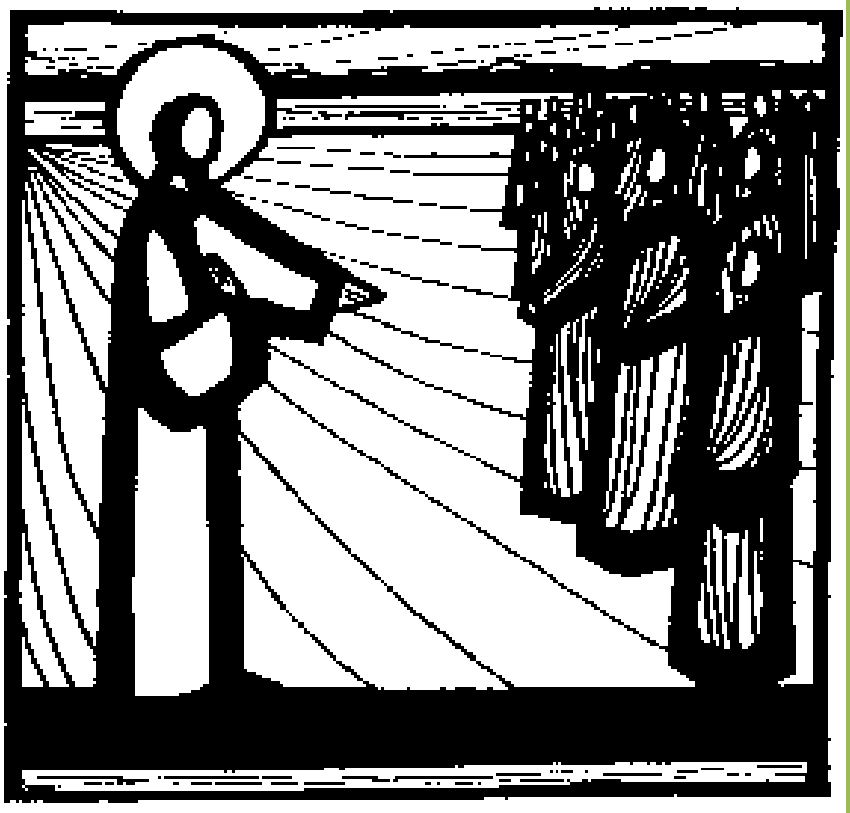
2009-2010

LOS SACRAMENTOS



Yo soy el Camino,
la Verdad y la Vida.
Jn. 14, 6

Parroquia de la Asunción de Ntra. Sra.

ÍNDICE

TEMA 1.- LOS SACRAMENTOS EN GENERAL.
OCTUBRE

TEMA 2.- EL BAUTISMO
NOVIEMBRE

TEMA 3.- LA RECONCILIACIÓN
DICIEMBRE

TEMA 4.- EUCARISTÍA
ENERO

TEMA 5.- CONFIRMACIÓN
FEBRERO

TEMA 6.- ORDEN SACERDOTAL
MARZO

TEMA 7.- MATRIMONIO
ABRIL

TEMA 8.- LA UNCIÓN DE ENFERMOS
MAYO

INTRODUCCIÓN

Jesús resucitado prometió a sus apóstoles: "Sabed que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". (Mt 28, 20). Él cumple su promesa y actúa en la Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo, pero por medio de signos humanos a los que llamamos Sacramentos. Son señales de la acción de Dios con la participación de las personas, que no solo evocan el misterio santificador de Cristo, sino que hacen realmente presente y eficaz su acción santificadora. Los siete sacramentos corresponden a todos los momentos importantes de la vida del cristiano: nacimiento, crecimiento, reconciliación, plenitud de amor y de misión en la vida, curación y muerte-resurrección.

Se ha dicho que "el cristiano de nuestros días o será contemplativo o no será cristiano". Contemplar es descubrir, vivir y gozar la presencia santificadora de Cristo. Actualmente es la vida de culto y no la vida de encuentro con Cristo, lo que esta mayormente presente entre nosotros, de ahí el descenso en la práctica de los sacramentos. En los últimos 25 años, en nuestra parroquia, el número de cristianos que celebran la Eucaristía Dominical y el sacramento del matrimonio, ha descendido un 75%, dato éste que tiene que hacernos reflexionar y tiene que ser punto de partida para una nueva pastoral.

Por eso proponemos para este curso el estudio de los sacramentos, porque queremos que sea para nuestra parroquia como un año de nueva evangelización, que nos ayude a descubrir y a vivir esa presencia redentora de Cristo en medio de nuestras vidas. La cultura que estamos viviendo es una cultura que busca borrar la fe cristiana; hay que encontrar pautas culturales, especialmente para nuestra juventud, que les ayude a descubrir que ser cristiano no es cumplir obligaciones que hasta pueden gustarnos, sino gozar el amor infinito de nuestro Padre Dios, que en Cristo se hace presente en nuestra vida. Ser cristiano es encontrar el verdadero sentido de nuestra vida.

El presente cuaderno quiere ser un medio que nos ayude a todos los feligreses de la Parroquia de la Asunción a descubrir y a vivir que Cristo es nuestro amigo y que está realmente presente, santificando cada uno de los momentos importantes de nuestra vida.

TEMA I
LOS SACRAMENTOS EN GENERAL.

A. ORAMOS

- **Monitor**: Todo curso nuevo es una oportunidad para el encuentro con el Señor. Pero en el que ahora iniciamos la oportunidad que se nos presenta es singular: nuestra parroquia propone una reflexión seria y serena sobre los sacramentos. Todos somos conscientes, y así lo percibimos, del descenso en la práctica sacramental, que aunque no es ajena a la crisis de fe actual, no deja de ser más grave por cuanto muchos, aun siendo creyentes, se han alejado de la participación periódica en los sacramentos.

  No vamos a buscar ni a estudiar razones de este alejamiento pues va ligado en gran medida a la excesiva ritualización de los sacramentos. ¿En cuántas ocasiones la celebración sacramental se ha vuelto una práctica legalista (cumplir el precepto sin más), monótona en su celebración (se realiza sin profundizar)....? Perdemos, tal vez, excesivas fuerzas intelectuales en explicar el rito, el gesto,.... Olvidando lo fundamental, la "historia de amor", que se produce en cada sacramento, única e irrepetible de Dios con cada uno de nosotros.

  Caeremos en un error si pensamos que la vida moderna y su mentalidad positivista, plagada de nuevas tecnologías, es la que nos aleja de esa dimensión espiritual que necesita la vida religiosa y por tanto la práctica sacramental. El hombre del siglo XXI, sigue siendo el ser humano de siempre, capaz de mirar

con su corazón y resignificar esas pequeñas cosas que nos recuerdan historias que han ido construyendo nuestra vida: la caricia de la madre, ese objeto que a uno le lleva a momentos entrañables, al recuerdo de personas inolvidables,....
El hombre de nuestros días sigue siendo productor de signos expresivos de su interioridad, de su experiencia vital. Estos signos, vistos desde el corazón, adquieren una nueva dimensión, tienen un carácter sacramental en la medida en que evocan la historia de un encuentro con "alguien"; y la vida religiosa es en primer lugar y fundamentalmente una experiencia vital del encuentro de cada ser humano con Dios.
Si nuestro corazón es capaz de ir descubriendo en la vida esos "pequeños sacramentos" que nos rodean y sirven para narrar nuestra peripecia vital, estaremos en disposición de vivir los siete sacramentos que narran la historia de amor que Dios escribe cada día con nosotros.
Signo, encuentro, historia... en cada uno de los temas vamos a proponer una historia que nos ayude a entender ese carácter sacramental de la vida, para que nuestro corazón se ejercite en ver más allá de cualquier paisaje, de cualquier horizonte y entremos en disposición de poder tratar cada sacramento. Por supuesto, la Palabra de Dios tendrá hueco en este momento y las oraciones compartidas públicamente también.

(Nota: Las historias que se proponen en cada tema están basadas, cuando no transcritas literalmente, de los relatos del libro Los sacramentos de la vida *del teólogo Leonardo Boff.)*

La historia de la montaña

- **Lector:**

  Me hallo ante una montaña. Puedo describir la montaña, su historia milenaria, su composición físico-química. Estaría haciendo de científico.
  Pero es que no es cualquier montaña, es la montaña que constantemente visita mi ventana.
  A veces el sol la calcina. Otras la ahoga. Con frecuencia la lluvia la castiga. No es raro que la niebla la envuelva mansamente. No la oí quejarse por culpa del calor o del frío. Jamás exigió nada por su majestuosa belleza. Ni el agradecimiento. Se da simplemente. Gratuitamente.
  No es menos majestuosa cuando el sol la acaricia que cuando el viento la azota. No se preocupa de que la vean. Ni se enfada si la pisan.
  Es como Dios: todo lo soporta; todo lo sufre; todo lo acoge. Dios se comporta como ella.
  A veces también, la montaña me evoca la grandeza, la majestad, lo imponente, la solidez, la eternidad. Vuelve a ser como Dios que fue llamado Roca. La roca está al servicio de la solidez, de lo imponente, de la majestad y de la grandeza.

Por eso la montaña es como un sacramento de Dios: me revela, recuerda, alude, remite al Creador.

- **Monitor:** La historia anterior nos demuestra la necesidad de ver la vida no sólo con los ojos. Para advertir la trascendencia de las cosas y por tanto la presencia de Dios en nuestras vidas, así como su presencia en la celebración de los sacramentos, es necesario que entre en juego la mirada a través del corazón. Dios así se lo hizo ver al pueblo de Israel, y de igual manera nos lo dice en la actualidad.

- **Lector:** LECTURA DEL LIBRO DEL PROFETA EZEQUIEL. Ez 36, 24-28

Os recogeré por las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Os rociaré con un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que cumpláis mis mandatos poniéndolos por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres; vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.

Palabra de Dios

- **Monitor:** Compartamos nuestras reflexiones y expresemos en voz alta nuestras oraciones, a las que contestaremos:

Señor, danos un corazón grande para amar

- Enséñanos Señor, a ver con los ojos del corazón todo lo que pones a nuestro alrededor. Danos, sobre todo, la sensibilidad necesaria para apreciar la historia de amor que escribes a través de las personas que nos acompañan.

Señor, danos un corazón grande para amar

- Que este curso y estos temas de reflexión nos ayuden a vivir con más autenticidad los sacramentos con los que nos demuestras tu amor constantemente.

Señor, danos un corazón grande para amar

- Que la participación viva en los sacramentos nos permita sentir y experimentar cada día mejor la historia de amor que mantienes con cada uno de nosotros.

Señor, danos un corazón grande para amar

(Oraciones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

Jesucristo nos revela que Dios es amor; en este sentido, podemos definirlo sin riesgo de equivocarnos que Él es el "loco de amor". En efecto, el amor no es una actividad más de Dios entre otras (crear, gobernar, juzgar), sino la razón de su ser, el motivo de todo lo que hace. Lo único que quiere, sabe y puede hacer Dios es amar. Dios es el Amante, en el sentido más genuino y puro de la palabra, por excelencia. Él siempre ama primero, ama más y lo hace gratuitamente.

Amar a alguien es desear estar siempre a su lado. Los enamorados no quieren separarse nunca, tienden cada vez más hacia el otro. Por eso, Dios no se ha conformado con crearnos, sino que poco a poco, respetando el ritmo de los hombres, se ha ido aproximando al género humano, especialmente en la historia del pueblo de Israel culminada con la Encarnación de su Hijo. El Emmanuel ha sido el mayor evento que ha conocido la historia de la humanidad. En Él, Dios no se contentó con decir "me siento cerca de vosotros", sino que "su Palabra se hizo carne" (Jn 1, 14), en todo semejante a nosotros menos en el pecado. "Puso su tienda entre nosotros", de una manera humilde para ser patrimonio de todos, compartiendo con los hombres vida y muerte, para que los seres humanos pudiéramos compartir con Él muerte y vida.

Tras el misterio pascual Cristo dejó de ser accesible a nuestra experiencia directa, pero esto, lejos de interrumpir el itinerario de acercamiento del Dios- Padre-Amor lo hizo más profundo, íntimo, intenso, pues su Espíritu actúa ahora de forma universal y desde dentro, "más interior que lo más íntimo mío". ¡Dios a nuestro lado, más aún, dentro de nosotros! Su presencia aunque invisible es real. Y el Espíritu Santo ha creado la Iglesia. Ella, templo de piedras vivas, para los cristianos es la institución divina y humana en la que Jesucristo ha querido seguir presente (cf. 1Pe 2,5) . La Iglesia es el "cuerpo de Cristo", la prolongación en la historia de la obra salvadora del Señor. De ahí que la Iglesia, a pesar de sus límites, que son los nuestros, es la forma concreta, visible, humana, en la que Dios sigue diciéndonos y actuándonos su palabra de amor. Es la forma tangible del "te quiero" divino. ¡Sobrecogedor misterio del amor trinitario que se ha vehiculado en una madre tan terrena! Pues bien, las caricias de esta madre entrañable, en las que se concreta, más si cabe, el designio amoroso de Dios son los siete sacramentos. En formulación más técnica, ellos son los signos visibles y eficaces que la Iglesia celebra para comunicarnos la gracia invisible.

Detengámonos en esta definición para saborear su rico contenido:

- **Signos visibles**: el hombre es un "animal simbólico" que necesita de representaciones sensorialmente perceptibles para expresar aquellas realidades que aunque no vemos son importantes en la vida humana. Así, por ejemplo, una flor, un libro, una poesía o un abrazo son formas de expresar amor. De igual forma, en los sacramentos, el agua, el pan y el vino, el aceite… son las manifestaciones sensibles del amor de Dios hecho vida, alimento o curación para nosotros.

- **Eficaces**: los sacramentos, porque en ellos actúa Cristo mismo, confieren, dan, la gracia que significan, es decir, otorgan la gracia que esos signos sensibles anuncian. El Padre escucha siempre la oración de la Iglesia de su Hijo y concede el poder de su Espíritu para que transforme en vida divina todo lo que toca, todo lo se somete a su poder.
- **Gracia**: en primer lugar, es el amor y la donación personal de Dios al hombre. Es el amor que Dios nos tiene y, consecuentemente es Él mismo dándose en persona. A eso le llamamos gracia increada, porque es el mismo Dios increado el que viene a nosotros. En segundo lugar, dicha donación personal nos transforma, nos "diviniza". Nos hace hijos del Padre, hermanos de Jesucristo. A este efecto deificante le llamamos gracia creada, cuya causa es Dios mismo que se nos ha dado primero.

En definitiva, los sacramentos son **mediaciones** sensibles (palabras, gestos, elementos materiales) **a través de los cuales Dios ha querido entrar en contacto, encontrarse realmente con los hombres** para así comunicarnos su propia vida y al hacerlo purificar, acompañar, elevar y enriquecer las nuestras. La cadena de acercamiento amoroso es la siguiente:

- **Cristo** sacramento del Padre.
- La **Iglesia** sacramento de Cristo.
- Los **siete sacramentos**, expresiones concretas de la sacramentalidad de la Iglesia. Ellos son "por la Iglesia", porque ella es el instrumento de la acción de Cristo y "para la Iglesia" ya que la construyen con su fuerza divina para que, a su vez, ésta la comunique al mundo. En cuanto son patrimonio de de la Iglesia no podemos concebirlos como ritos privados, sino como acciones litúrgicas de todo el Pueblo de Dios que celebra comunitariamente, de forma agradecida y receptiva el regalo del amor de Dios que permanentemente sale a su encuentro.

Sin los sacramentos Jesucristo actuaría de incógnito y, por ende, su acción sería menos eficaz porque el hombre no se sentiría invitado expresamente a celebrar el amor de Dios. Una invitación en la que "el anfitrión" prepara cuidadosamente la cita y jamás falta a la misma. Y es que, los sacramentos no actúan en virtud de la justicia del hombre que lo administra, sino del poder de Dios que es su auténtico dispensador.
Ahora bien, el amor es cosa de dos. Ciertamente Dios, de forma incansable, toma siempre la iniciativa, pero ésta requiere nuestra respuesta libre, pues en el amor nada se impone, sino que todo se propone. Dios se toma con toda seriedad al hombre y apela a su responsabilidad. Nuestra respuesta tiene que ser en primer lugar por la fe. Con ella acogemos agradecidos el don de Dios, el inmenso tesoro que Él nos regala en sus siete sacramentos. Celebraciones que, a su vez, fortalecen, alimentan y expresan la misma fe. En segundo lugar, los sacramentos son la fuente de nuestra vida moral, que deberá encarnarse esencialmente en la caridad. "Amor con amor se paga".
Amar a alguien es decirle **tú no morirás jamás**. El amor auténtico esconde una promesa de eternidad. Por eso todos los sacramentos encierran una semilla, una prenda, un anticipo de vida eterna. Creemos y esperamos que el mismo Dios que nos ha creado y que solícitamente ha salido al encuentro del ser humano en sus

experiencias vitales fundamentales: nacimiento (bautismo), madurez (confirmación), enamoramiento y formación de una familia (matrimonio), la consagración al servicio de la comunidad cristiana (orden), el perdón (reconciliación), la enfermedad y la ancianidad (unción) o en la ardua cotidianidad de la vida creyente (eucaristía), es quien, no pudiendo ya resistir la separación del amado, nos llamará junto a sí al final de nuestra andadura terrena. Dios que inició por amor el diálogo con cada uno y lo ha sostenido y ha acompañado, especialmente con los sacramentos, lo culminará también desde el amor. Por eso la historia en general y nuestra biografía en particular es **Historia de Salvación**.

C. REFLEXIONAMOS

Se ha dicho que los sacramentos son un regalo del Señor que va marcando los momentos más importantes de nuestra vida. Sin embargo, en algunas ocasiones los transformamos en meros acontecimientos sociales, en los que el propio sacramento es una excusa para celebrar un nacimiento o un enlace. No debe de extrañarnos, pues, que en algunas ciudades comiencen a celebrarse bautizos civiles o incluso "comuniones por lo civil", del mismo modo que muchas parejas acuden al juzgado o al ayuntamiento a contraer matrimonio o deciden iniciar su vida en pareja por su cuenta, porque si hemos despojado al sacramento de su esencia cristiana, ¿qué sentido tiene seguir acudiendo a la Iglesia a celebrarlos? Algunas personas se escandalizan cuando ven este tipo de comportamientos en sus familias y comentan cómo puede ser eso si son de familias practicantes. Ése puede ser un buen punto de partida: ¿Son las familias verdaderas iglesias domésticas? ¿Son los padres los auténticos educadores en la fe de sus hijos? ¿Nos estamos limitando a transmitir, de muy buena voluntad, unos ritos, unas costumbres y unos cultos que nuestros jóvenes ven como algo caduco, rancio y desfasado?

Por ello un esfuerzo importante en nuestra parroquia debe ser evitar dar tanta importancia a lo externo y procurar cuidar y formar bien a las familias que en los momentos más importantes de la vida acuden a la parroquia. ¡Cuántas veces se plantean discusiones en torno a si se pueden poner o no tantos ramos de flores en el templo, si se cantará el Ave María o si el fotógrafo es uno u otro! Y si bien es cierto que el hombre necesita de símbolos, estos nunca serán un fin sino un medio para acercarnos más a Dios. El agua, la vestidura blanca o los óleos son símbolos en tanto en cuanto nos remiten a la limpieza del pecado original, a la pureza del niño, a nuestra condición de sacerdotes por el bautismo, pero no pueden ni deben ocultar el verdadero significado de un sacramento. A nadie en su sano juicio se le ocurriría pensar que un niño es más cristiano que otro si es bautizado con aguas del río Jordán, si la puntilla de su alba esta bordada en oro o si el óleo fue bendecido por un cardenal y no por un obispo.

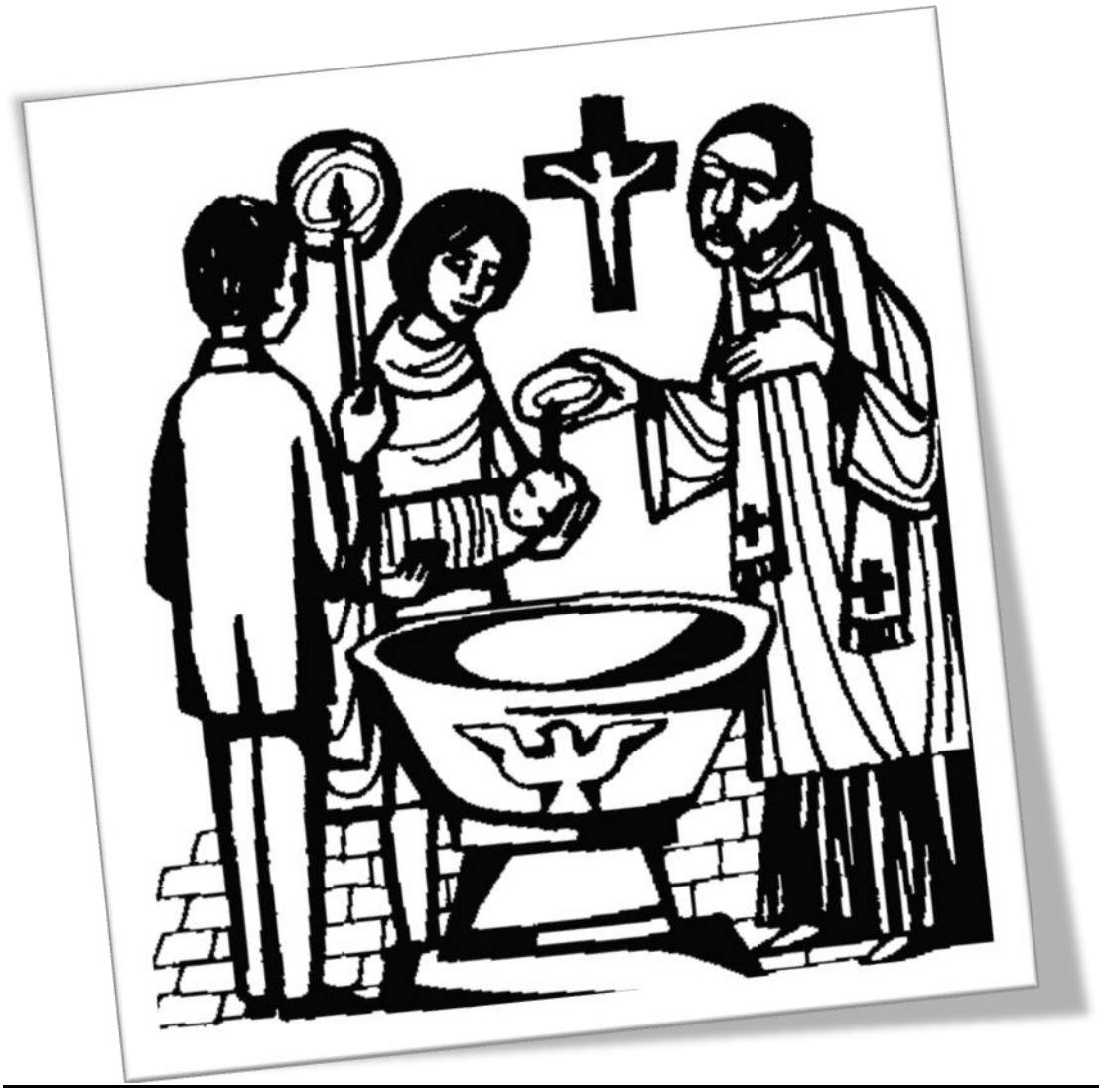
Es encomiable el trabajo que se ha realizado en nuestra parroquia en los últimos años para cuidar estos aspectos. Los grupos de Prebautismales se reúnen con las familias cuyos hijos van a ser bautizados para preparar bien este momento; la catequesis familiar y los movimientos juniors y juveniles acompañan a los padres y a los hijos en su Primera Comunión, en el acercamiento al sacramento de la Reconciliación y en la Confirmación; los grupos de novios y los prematrimoniales se preparan para la vida matrimonial y se les cuida en los grupos de matrimonios; el área de Pastoral de la

Salud acompaña a los enfermos de la parroquia; las mujeres de Evangelización cuidan y acompañan a las familias que han perdido a uno de sus miembros y preparan con cariño su funeral. Pero aún queda mucho camino por recorrer: En nuestro "debe" tenemos una honda crisis vocacional al sacerdocio y a la vida consagrada, a pesar de haber sido una parroquia que ha nutrido el seminario hasta hace unos años; Aún muchas parejas bautizan a sus hijos, los traen a recibir a Jesús o al Espíritu Santo o incluso contraen matrimonio canónico sin una correcta preparación para formar una familia al estilo de Jesús; Muchas familias sufren la enfermedad o la muerte creyendo que Dios los ha abandonado. Ahí tenemos todavía mucho camino que recorrer.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. ¿Consideramos que hay sacramentos de primera y de segunda categoría?
2. ¿Qué sacramento es el que más me cuesta practicar?
3. ¿Creemos de verdad en el poder mediador del sacerdote?

TEMA II
EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO



A. ORAMOS

- **Lector:** La historia de un pozo.

  "Existe un pozo, de esos antiguos, hondos, con el cubo atado a la cuerda y enrollado a la polea. Está en el patio del viejo caserón, desde siempre, acompañando a la familia, pues ha participado en todo.
  Cada vez que se bebe de él, no se bebe agua sino la frescura, la dulzura, la familiaridad, la historia familiar, le reminiscencia del niño ansioso que se sacia tras la sed. Podrá tratarse de cualquier agua, pero no, la del

pozo está siempre fresca y buena. En casa todos los que quieren matar la sed beben de él y como un rito exclaman: "¡Qué bien se bebe de este pozo! ¡Qué buena es el agua de aquí! El agua no está tratada, pero el pozo la convierte en buena, en saludable, fresca y dulce.

Una vez uno de los hijos, después de recorrer medio mundo, regresó a casa. Llegó besó y abrazó a los padres, a los hermanos. Se matan añoranzas sufridas. Las palabras son pocas. Las miradas largas y minuciosas: hay que beber al otro antes de amarlo; los ojos que beben hablan el lenguaje del corazón. Sólo tras haberle mirado, la boca habla de las superficialidades: ¡Sigues igual de guapo! ¡Qué mayor te has hecho! La mirada no dice nada de eso; habla lo inefable del amor. "Madre, tengo sed, quiero beber del pozo viejo".

Y el hijo que ha bebido de tantas aguas, de tantos mundos, saca agua del pozo y se bebe un vaso, pues ninguna es como ésta. Pero no mata la sed corporal, que ésa la matan todas las aguas; mata la sed fraterna, la sed familiar, la sed de las raíces que lleva dentro."

¿Por qué el agua del pozo es buena y dulce, saludable y fresca? Porque el agua y el pozo son como un sacramento. A veces nos cuesta entender lo que es un sacramento, y buscamos en grandes autores y grandes tratados. Es lógico, es bueno hacerlo. Pero en lo cotidiano crecen los sacramentos, cuando las cosas dejan de ser cosas y somos capaces de descubrir la historia que encierran.

No hace mucho rescataron en la parroquia, la vieja pila bautismal. Algunos puede que ni siquiera supieran de su existencia, tantos años sepultada bajo los trastos que se amontonaban en el baptisterio. Incluso el baptisterio, se comentó, rompe con la estética del templo visto desde la plaza. Allí estaba la vieja pila bautismal. No importa quién tuvo la idea, alguien la rescató y le dio el honor que se merece al ponerla en antepresbiterio.

¿Tan importante es esto? No. Lo importante es que en esa pila a muchos nos bautizaron, muchos nos incorporamos a la gran familia de la Iglesia, a muchos nos vertieron agua en la cabeza, esa agua que es siempre fresca, porque es la que da VIDA, es el agua del Bautismo. La pila no es el sacramento del Bautismo, pero pertenece al edificio sacramental de nuestra comunidad, pues nos habla de la historia de muchos de nosotros, porque en ella es donde renacimos a la vida de los Hijos de Dios.

- **Monitor:** El gran signo en el sacramento del Bautismo es el agua. El agua viva, que fluye, que se vierte en nuestras cabezas y nos incorpora al Pueblo de Dios. Esa agua adquiere su significado en la figura de Cristo. Él fue quien nos habló del agua que nos calma para siempre la sed.

- **Lector:** LECTURA DEL EVANGELIO DE SAN JUAN *Jn 4, 5-14*

Jesús llegó a una aldea de Samaría llamada Sicar, cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José -allí se encuentra el pozo de Jacob-. Jesús, cansado del camino, se sentó tranquilamente junto al pozo. Era mediodía. Una mujer de Samaría llegó a sacar agua. Jesús le dice:

-Dame de beber- los discípulos habían ido al pueblo a comprar comida.
Le responde la samaritana:
-Tú, que eres judío, ¿cómo pides de beber a una samaritana?- Los judíos no se tratan con los samaritanos-
Jesús le contestó:
-Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva.
Le dice la mujer:
-Señor, no tienes cubo y el pozo es profundo, ¿de dónde sacas agua viva? ¿Eres, acaso, más poderoso que nuestro padre Jacob, que nos legó este pozo, del que bebían él, sus hijos y sus rebaños?
Le contestó Jesús:
-El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, pues el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna.

Palabra de Dios

- **Monitor:** Vamos a tener un momento para compartir nuestras reflexiones, nuestros pensamientos y por supuesto nuestras oraciones. Expresemos al Señor y a los que estamos aquí reunidos aquello que queramos y digámosle:

Señor, danos de beber el agua de la vida.

- Nos pediste Señor que recorriéramos el mundo y bautizáramos a todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Haz que con nuestro testimonio de amor fraterno, cada día se adhieran más hermanos a tu pueblo.

Señor, danos de beber el agua de la vida.

- Por todos los que acuden a la parroquia a recibir el sacramento del Bautismo, que nuestra comunidad sepa celebrarlo con la sencillez y dignidad que merece, y después sepamos contagiar a los nuevos hermanos la necesidad de compartir la vida de fe en la comunidad parroquial.

Señor, danos de beber el agua de la vida.

(Peticiones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

Los cristianos nacemos dos veces: una de nuestra madre terrena, a la vida del mundo, otra de la santa madre Iglesia, por el sacramento del Bautismo, a la vida sobrenatural de Dios. Sin embargo como ser hombre es hacerse hombre, como toda vida no nace

acabada, sino que necesita desarrollarse, la Iglesia nos acompaña en toda nuestro crecimiento con cuidado permanente. En este sentido, la Confirmación como fortalecimiento del don recibido en el origen y la Eucaristía como alimento necesario para nuestra existencia son los otros dos sacramentos que nos incorporan progresivamente a Cristo y que así completan el pórtico de la iniciación cristiana.
Adentrémonos en el Bautismo de la mano de la liturgia propia del sacramento. Distinguiremos 4 partes en la misma: ritos de acogida, liturgia de la Palabra, celebración del sacramento y ritos conclusivos.

1. **RITOS INICIALES: ACOGIDA**
   - **Recepción** por parte del ministro ordenado en nombre de la Iglesia, la nueva familia divino-humana en la que va entrar el neófito y que ya jamás dejará de auxiliarle. ¡Nunca vamos solos hacia Dios! Se inicia un diálogo entre el ministro y los padres y padrinos. Incluye la petición del bautismo, la concreción del nombre cristiano y el compromiso explícito de velar por la educación cristiana del niño. Poner nombre en la tradición bíblica es dotar de identidad y de misión. Así Rafael significa "medicina de Dios", Isabel= "Dios salva"…Además, para los cristianos, es elegir un patrón que nos puede servir de modelo de vida y estímulo en la fe. Estas venerables costumbres están hoy desvirtuadas por la moda de imponer nombres de famosos.
   - El rito más destacado de esta primera parte es la **signación** con la señal de la cruz: hecha en la cabeza por el ministro, padres y padrinos; es el primer signo de la acción de Cristo sobre el párvulo. Destacamos tres significados: 1) Expresa la "soberana propiedad de Dios sobre el bautizando". La cruz trazada viene a significar que el niño es "propiedad de Cristo", pues Él pagó el precio de su rescate, hemos sido "rescatados con la sangre del cordero sin tacha" (1Pe 1, 19). Al contrario que en las relaciones humanas, cuanto más de Dios somos más nosotros, más humanos, más personas. 2) La cruz es la afirmación del beneplácito divino sobre cada uno de nosotros. Ya no hay nada en nosotros que no haya sido tocado desde el principio con y por el amor de Dios manifestado en su Hijo. 3) También late en este signo una promesa: "estaré contigo adonde quiera que vayas. Recorreré todos los caminos junto a ti, también los de la cruz, es decir, los extraviados, los del sufrimiento, los más largos y difíciles".
   - **Procesión de entrada**: es el gesto externo de la entrada en la Iglesia, no tanto en su realidad física cuanto en su dimensión mistérica. Nos acercamos a las dos mejores mesas de la misma, donde se sirven manjares sin equivalente en este mundo, los más necesarios y exquisitos: la mesa de la Palabra y la mesa del sacramento eucarístico, pan del cielo.

2. **LITURGIA DE LA PALABRA:**
   - El anuncio de la **Palabra** y la homilía adecuada iluminan a la asamblea con la verdad revelada y suscitan en nosotros la respuesta de la fe, inseparable del Bautismo.

- En la **oración de los fieles** todo creyente ejerce su oficio sacerdotal y pide para que las salvación que las lecturas han anunciado se haga eficaz en nuestro aquí y ahora, tanto para los presentes como para el conjunto de la Iglesia y de toda la humanidad.
- En las **letanías**, de la Virgen, de los santos y especialmente de los santos patronos de los que van a ser bautizados, la asamblea, en virtud del misterio de la comunión de los santos, invoca a esa maravillosa y poderosa familia que es la Iglesia triunfante.

3. LITURGIA DEL BAUTISMO:

- **Bendición** de Dios sobre el **agua**: el agua tiene un rico significado : es en primer lugar, elemento vivificador, portador de vida. Es también materia que purifica, que lava las inmundicias y, por último, es instrumento de liberación, así, por ejemplo, gracias a las olas del Mar Rojo los hebreos pudieron verse libres de la esclavitud de Egipto. Todos estos significados se pueden extender a nuestro sacramento, en el que, por medio del agua, quedamos limpios del pecado, libres de su cautiverio e injertados como hijos en la vida divina.
- **Renuncias y profesión de fe:** son las dos caras de una misma moneda. Se trata de abandonar nuestros egocentrismos, cobardías y cesiones a los criterios del mundo (individualismo, placer, éxito, poder…) para abrazar la grandeza de la vida cristiana. Suponen haber encontrado el tesoro y estar dispuestos a vender todo lo demás para hacernos con él. El tesoro es tener a Dios como Padre y, por tanto a todos los hombres como hermanos, a Jesucristo como salvador que nos impulsa a imitar su modo de vivir des-viviéndose y al Espíritu Santo, como guía divino y certero de nuestro camino allende nuestros proyectos personales.
- **Bautismo**, utilizando la fórmula trinitaria: ser bautizado en el nombre de la Trinidad es entrar en comunión de vida con las tres divinas personas. Ello se traduce en 5 “efectos”, 5 regalos sin parangón :
  a) **Libera** del pecado original, es decir, en medio de un mundo dominado por estructuras de violencia, injusticia, individualismo, un mundo que suele velar el rostro del Padre y diluir las relaciones fraternas, somos introducidos en una sociedad, la Iglesia, que nos devuelve a nuestra vocación, orientación original, a saber, vivir de cara a Dios y junto a nuestros hermanos.
  b) El Bautismo nos hace **hijos adoptivos de Dios**. El Padre ha pronunciado también sobre nosotros aquellas palabras que dirigió a Jesucristo en el Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3,17). ¡Somos hijos del Creador, del Señor de la vida y de la historia, del Amor mayúsculo! Ningún título ni honor terreno puede equipararse remotamente a semejante dignidad.
  c) El Bautismo nos hace **partícipes del misterio pascual de Cristo** (muerte-resurrección; Cristo en la cruz dio muerte al pecado porque en ella brilló de forma paradójica e insuperable la soberanía amorosa de Dios. A su vez, Cristo en la cruz dio muerte a la muerte, porque el reverso de ésta cuando en ella está clavado el Hombre-

Dios no puede ser más que la Vida, la resurrección. Pues bien, el rito bautismal representa simbólica y eficazmente la muerte , sepultura y resurrección del Señor. Al descender a las aguas somos sepultados con Cristo al pecado para que , asociados a Él por la acción de su Espíritu, nazcamos, al menos en germen, a una vida nueva, "gloriosa", "resucitada" ya en este mundo y después plenamente en el otro.

d) El Bautismo nos **marca con el sello del Espíritu Santo** que es el que nos capacita para vivir nuestra pertenencia a Cristo y desde Él nuestra filiación divina. El Espíritu Santo actualiza en nosotros la estirpe trinitaria.

e) Por el Bautismo **nos incorporamos a** esa otra familia que está por encima de los vínculos de la carne, **la Iglesia**. En ella tenemos derechos y responsabilidades y con ella estamos llamados a la actividad apostólica y misionera de todo el Pueblo de Dios.

- **Unción con el Santo Crisma**: este aceite perfumado bendecido el jueves santo por el obispo en la misa crismal va a significar la participación como en el Antiguo Testamento y como el propio Cristo (=Ungido) de la triple función sacerdotal, profética y real. Somos sacerdotes por cuanto estamos llamados a celebrar el culto de nuestra vida, sacrificio espiritual realizado desde nuestro templo interior y encarnado en el servicio al prójimo. Somos profetas porque estamos llamados a ser sus testigos con nuestras palabras y obras en medio de la humanidad, frecuentemente en contextos adversos. Somos reyes porque hemos sido llamados a gobernar el mundo según los designios de Dios que no son otros que los del amor. El trono de tal realeza es la caridad.
- **Imposición de la vestidura blanca**: el neobautizado queda revestido de Cristo. Al decir que por el Bautismo nos revestimos de Cristo se quiere significar que los rasgos del Salvador deben marcar el talante y la conducta del bautizado. El Hijo de Dios llega a ser vestido del alma y nos convertimos en otras personas, resplandecientes e inmaculados. Este "vestido" de cristiano, más allá de ministerios y carismas, de condición social, sexo o procedencia, nos iguala a todos los fieles .La Iglesia es una fraternidad en la que nadie es más que nadie y en la que quien quiera ser mayor debe servir a los demás. He aquí el principio y la exigencia para una eclesiología de comunión.
- Entrega del **cirio** encendido: el Cirio Pascual representa a Cristo, luz de los pueblos. luz del mundo que disipa las tinieblas del mal .Nosotros, otros cristos, debemos ser luz de fe y de vida para el neófito y para todos los hombres. Constituidos en "hijos de la luz" estamos emplazados a reflejar al "Sol Invicto", desterrando todo lo oscuro y sombrío de nuestras vidas y trasluciendo la luz del Evangelio. La lámpara de nuestra fe deberá permanecer encendida toda la vida como la de las vírgenes prudentes de la parábola, hasta la llegada del Esposo (Mt 25, 1-13) en el amanecer a los brazos del Padre.

4. **RITOS CONCLUSIVOS:**
   - **Padre Nuestro**: toda la existencia del bautizado se sitúa bajo la benevolencia de Alguien que nos ha amado primero y al que podemos llamar nada menos que Padre. Somos hijos en el Hijo y podemos invocar a Dios con las palabras que el mismo Cristo nos enseñó Llamar a Dios Padre, elemento singular del cristianismo respecto a todas las religiones, es, a su vez, reconocerse como hermanos. ¡Que no falte nunca en nuestros días la más hermosa plegaria y los compromisos que de ella se derivan!
   - **Bendición**: Dios dice-bien (ben-dice) nuestras nombres . Contamos con el beneplácito divino, con su palabra confiada y eficaz para encarnar lo que hemos celebrado. El Creador y Salvador pronuncia un "sí" fecundo en nuestras vidas (cf. Gén 1).

C. NOS COMPROMETEMOS

Si bien es cierto que estadísticamente el número de bautizados ha descendido en nuestra parroquia en los últimos años, no lo ha hecho de la misma forma que, por ejemplo, el número de matrimonios canónicos. Esto significa, entre otras muchas cosas, que en nuestra sociedad aún está muy presente el bautismo como un acontecimiento que va parejo al nacimiento como lo es el funeral en la muerte de un ser querido, pero que no tiene por qué ser un signo de comunión eclesial de la familia del niño, y eso a pesar de los esfuerzos con que algunos están intentando promover los bautismos civiles o las "bienvenidas a la sociedad del niño" como se ha dado en llamar de una manera más acertada, para preservar el término bautismo al sacramento propiamente dicho. Nada habría que objetar desde la Iglesia a que cada familia pueda celebrar la llegada de un niño a este mundo, si desean hacerlo recitando poemas o rompiendo cucañas porque no es ése el objetivo del sacramento del Bautismo. Y es que muchas veces lo hemos relegado a una merienda o un almuerzo con que obsequiar a nuestros amigos que a su vez nos han regalado algún detallito para el niño que acaba de nacer, con la pega de que antes "hay que pasar por la Iglesia a ver qué se le ocurre al cura". De modo que no es de extrañar, como ya hemos señalado en el tema anterior, que haya familias que decidan prescindir de esta celebración y pasen directamente a aquello que les interesa o que les resulta más atractivo. Son los signos de los tiempos y no hemos de asustarnos por ello, sino que debemos saber leerlos y dar una respuesta. Es entonces cuando la comunidad debe descubrir la importancia de preparar bien este momento con los padres, de darles una adecuada formación para que los signos tan ricos que el Bautismo posee puedan ser entendidos por los padres y padrinos y sobre todo que pueda acompañar no sólo en el momento del sacramento sino en su iniciación en el itinerario de fe que se le propone al niño y que derivará en la catequesis familiar unos años después. Signos como el de presentar a los niños a la comunidad o bautizarlos en las vigilias de Pascua o Navidad ayudan a que la parroquia acoja a las familias y las acompañen en un momento tan importante de la vida del niño.

Por otra parte hay veces en que algunos padres piensan en que no bautizarán a sus hijos y que dejarán que sean ellos los que deciden si desean formar parte de la Iglesia o

no. Sin entrar a juzgar estas decisiones, cabe preguntarse si también esos padres esperarán a la mayoría de edad de sus hijos para matricularlos en la guardería que elijan ellos mismos o si aguantarán todos esos años sin ponerles un nombre por si alcanzada la madurez al niño no le gusta. No podemos privar a nuestros hijos del mejor regalo de sus vidas so pretexto de emplazarlos a una hipotética decisión adulta en el futuro. No elegir es ya elegir, pues la sociedad no garantiza, antes bien obstaculiza, el crecimiento en la fe. Al igual que procuramos lo mejor para ellos en todos los ámbitos (educativo, sanitario, económico…) desde el mismo momento de su nacimiento, también debemos empezar desde el principio a legarles nuestro mejor patrimonio, que no es otro que el Dios de Jesucristo.

Por último no caigamos en el triunfalismo de creer que nosotros lo hemos hecho bien, que nuestros hijos han sido bautizados en el seno de la Santa Madre Iglesia y que nuestra piedad hace palidecer a la de otros más alejados que sólo han ido al Bautismo a repartir caramelos a la puerta de la Iglesia. Recordemos el ejemplo del fariseo que oraba dando gracias a Dios por no ser como los demás y del pobre pecador que apenas podía levantar la cabeza avergonzado (cf.) y confiemos en el poder del Espíritu Santo para convertir a las personas. Pero, ¡atención! el Espíritu Santo no puede actuar solo y se vale de nosotros, piedras vivas de la Iglesia, para transformar los corazones de los padres. Y a esa misión estamos todos encomendados: los sacerdotes y el grupo de Prebautismales, pero también todos y cada uno de los que formamos esta comunidad de la Asunción, porque ése es uno de los principales objetivos del Bautismo, nos hace sacerdotes y nos obliga a transmitir el mensaje de Jesús a aquellos que no lo conocen o lo rechazan. ¿Estamos dispuestos?

D. REFLEXIONAMOS

1. ¿Qué es para mí el Bautismo? ¿Un acto social, una obligación al nacer un niño u otra cosa?
2. Muchos de nosotros somos padrinos o madrinas, ¿pensamos en el compromiso que eso supone frente a nuestros ahijados y de cara a la Iglesia? Como padrino, es mi vida coherente con las enseñanzas de la Iglesia Católica. Vivo en plena comunión con ella.
3. A la hora de poner un nombre a nuestros hijos, ¿en qué hemos pensado, en una moda, una costumbre o nos hemos parado a pensar en la Comunión de los Santos y su protección?

TEMA III
EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

A. ORAMOS

- **Monitor:** El tema tercero del curso está centrado en torno al sacramento de la Penitencia, proponemos tratarlo en el mes de diciembre, en el tiempo de adviento, como tiempo de conversión que es. Este tiempo, tan cercano a la Navidad nos va a permitir recordar una historia, que ilustrará el rato de oración previo al tema.

- **Lector:** La historia de la vela de Navidad

  La nieve caía fuera, leve…, leve. Cubría todos los campos con su espeso manto. Sólo se veía un mar de nieve, como fantasmas oscuros, los

árboles, que asustaban la mirada. En aquel pueblo el sacerdote era nuevo, venido de tierras más cálidas, por lo que el espectáculo no dejaba de ser deslumbrante. Era la primera Nochebuena que pasaba fuera de su tierra y una mezcla de melancolía y de nostalgia se cruzaba con la hermosura de la paz interior que respiraba.

Aquella tarde atendió muchas confesiones, de gentes diversas, pues estaba en zona de estaciones de invierno y eran muchos los que se acercaban a esquiar y disfrutar de los días de vacaciones. Así mientras unos se apresuraban en el templo a organizar la misa de medianoche, él atendió en el confesionario otras historias, otros amores.

Por la noche, el templo rebosó, de las aldeas de la montaña bajaron todos los del lugar y lo hacían con grandes estampidos, un poco rudos tal vez. Pero con esa ruda simplicidad, acariciaban al tierno niño que sonreía entre el buey y el asno. La misa fue muy bonita. Al terminar todos se volvieron felices y cantando por los valles hacia sus aldeas, hacia sus hoteles.

Ya en la soledad de su casa abadía, sobre la 1,30 de la madrugada sonó el timbre. A la puerta una viejecita con un farol en la mano traía un paquetito. Dijo: "Es para el nuevo cura, que está lejos de su tierra, distante de los suyos, y para usted también es Navidad". Después se alejó.

En su habitación, sólo, mientras recordaba imágenes de la Navidad en casa, deshizo el paquete y apareció una gruesa vela de color rojo oscuro, toda adornada. Una lucecita iluminó aquella Navidad. Las sombras se proyectaron en la pared. Ya no se sintió sólo. Al menos, había alguien en esta nueva tierra que había entendido el mensaje del niño: hizo del extraño un prójimo y del extranjero un hermano.

Así, muchos años después, la vela vigila durante las navidades, todos los años se enciende y se encenderá siempre porque recordará una noche feliz en medio de la soledad, en medio de la oscuridad. Recordará que el gesto de dar es algo más que un brazo extendido, que regalar es más que dar. Esa vela será más que una vela, es como un sacramento de la Navidad"

Hasta aquí la historia. Pero la luz de la vela que iluminó aquella Navidad nació de la luz que todas las noches de Pascua se enciende, bajo el mismo signo, el Cirio Pascual, que es el signo de Cristo, luz del mundo, luz que brilla en la oscuridad, rompiendo las cadenas del pecado del hombre, ese pecado que nos sume en la soledad de la existencia, en la tiniebla del sentirnos alejados de Dios.

Sólo desde esa luz que nace del amor de Señor para con nosotros, del amor gratuito y sin condiciones, se entiende el sentido del perdón, el sentido del sacramento de la reconciliación.

- **Monitor**: El pecado nos aleja de lo que Dios espera de nosotros, de ese proyecto de felicidad que nos ofrece. El pecado nos sume en la oscuridad y en la soledad del que se aleja de los seres queridos. En los evangelios, encontramos muchas curaciones en los que el Señor habla del perdón de los

pecados del que se cura. La figura del ciego, como vamos a observar en la lectura que proponemos, no es sino la de la persona que está alejada de la voluntad de Dios. Y es el Señor quien le hace recobrar la mirada A partir de ese momento, la vida del que se convierte queda iluminada por la luz de Cristo. La oscuridad ha quedado desterrada.

- **Lector:** LECTURA DEL EVANGELIO DE SAN JUAN *Jn 9, 1-11.30-39*

  Jesús al pasar vio un hombre ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron: -Rabí, ¿quién pecó para que naciera ciego? ¿Él o sus padres?
  Jesús contestó:
  -Ni él pecó ni sus padres; ha sucedido para que se revele en él la acción de Dios. Mientras es de día, tenéis que trabajar en las obras del que me envió. Llegará la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.
  Dicho esto, escupió en el suelo, hizo barro con la saliva, se lo puso en los ojos y le dijo:
  -Ve a lavarte en la alberca de Siloé -que significa enviado-.
  Fue, se lavó y volvió con vista. Los vecinos y los que antes lo habían visto pidiendo limosna comentaban:
  -¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?
  Unos decían: -Es él. Otros decían: -No es, sino que se le parece.
  Él respondía: -Soy yo.
  Así que le preguntaron: -¿Cómo se te abrieron los ojos?
  Contestó:
  -Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo que fuera a lavarme a la fuente de Siloé. Fui, me lavé y recobré la vista.
  Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego -era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos-. Los fariseos le preguntaron otra vez cómo había recobrado la vista. Les respondió:
  -Me aplicó barro a los ojos, me lavé, y ahora veo.
  Algunos fariseos le dijeron:
  -Ese hombre no viene de parte de Dios, porque no observa el sábado. (...)
  Les replicó:
  -Eso es lo extraño, que vosotros no sabéis de dónde viene y a mí me abrió los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino que escucha al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó contar que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si ese hombre no viniera de parte de Dios, no podría hacer nada.
  Le contestaron:
  -Tú naciste lleno de pecado, ¿y quieres darnos lecciones?
  Y lo expulsaron.
  Oyó Jesús que lo habían expulsado y, cuando lo encontró, le dijo:
  -¿Crees en el Hijo del Hombre?

Contestó:
-¿Quién es, Señor, para que crea en él?
Jesús le dijo:
-Lo has visto: es el que está hablando contigo.
Respondió:
-Creo, Señor. Y se postró ante él.
Jesús dijo:
-He venido a este mundo a entablar un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos.

Palabra de Dios.

- **Monitor:** Elevemos al Señor nuestras oraciones y nuestras reflexiones. Que en este momento de oración, al empezar el tema del sacramento del perdón, sean principalmente de petición de perdón y de acción de gracias por el amor infinito del Señor. Digámosle:

Señor, ilumina con tu perdón nuestras vidas.

- Te pedimos perdón por no hacer del sacramento de la reconciliación la gran fiesta del amor del Padre hacia sus hijos.

Señor, ilumina con tu perdón nuestras vidas.

- Te damos gracias, Señor, porque, pese a todos nuestros errores e infidelidades, Tú sigue esperándonos, y lo que es más importante, Tú, ya no has perdonado.

Señor, ilumina con tu perdón nuestras vidas.

(Oraciones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

"¿ Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo a Ti, dulce amor mío,
cuando lleguen al mundo las ofrendas
que desde oculta soledad te envío?...

Aquí estoy aguardando en una peña
a que venga el que adora el alma mía;
¿por qué no ha de venir si es tan risueña
la gruta que formé por si venía?...

Y ¿por qué de mi vida has de esconderte?

¿por qué nos ha de venir si yo te llamo?
¡porque quiero mirarte, quiero verte
y tengo que decirte que te amo!".

Esta poesía de amor humano expresa con imágenes gráficas la quintaesencia del sacramento de la **reconciliación**, también llamado del perdón, de la penitencia o de la confesión, tan en crisis hoy en nuestra Iglesia. Perfectamente podrían ser palabras dirigidas por Dios a nosotros a propósito del tema que vamos a tratar. Porque, incluso cuando hablamos del pecado, los creyentes lo hacemos desde la óptica mayor del Amor que todo lo precede y envuelve: el **amor** de Dios.

Las personas hemos nacido para amar, pues sólo así alcanzamos la felicidad. Los mandamientos, las bienaventuranzas, las exhortaciones de la Iglesia, no son otra cosa que itinerarios concretos para lograr ese objetivo último que Dios pensó desde siempre para nosotros: ser felices. Pues bien, pecar es tomar una ruta falsa, no dar en el blanco, no alcanzar el objetivo propuesto, desorientarnos en nuestras actitudes fundamentales, en definitiva, no ser lo que podemos y estamos llamados a ser (con Dios, conmigo mismo, con los otros y con el mundo). Nos apartamos así del proyecto divino y, en consecuencia, nos empobrecemos como seres humanos al disminuir nuestra talla de hijos de Dios. Por eso necesitamos la penitencia como forma de poner la brújula de nuestra vida rumbo al norte del amor, o sea, de la felicidad. Fijémonos que para perdonar sin límites Dios tiene que ser más que todopoderoso, justo, omnisciente, Dios tiene que ser Padre-Madre. Él es más Padre que Dios, al menos como estrechamente lo hemos pensado a veces los humanos; Jesús vino para encarnar esa experiencia.

Ahora bien, sabemos que el amor auténtico es arriesgado porque no se impone, constituye una delicada invitación que respeta la libertad del amado. Nada más confía en el poder seductor de su entrega. En este sentido, cuando Dios quiere manifestar su amor perdonándonos "llama educadamente" a las puertas de nuestro corazón y se queda esperando. Siguiendo la metáfora, Dios podría derribar la puerta, hacerla saltar en astillas, pero sólo se limita a llamar. ¡Estremecedora delicadeza divina que cede la llave al ser humano mientras aguarda expectante, cual enamorado, en el portal de su amada! " Alma asómate a la ventana, verás con cuanto amor llamar porfía" dice Lope de Vega o "mira que estoy a la puerta y llamo" ,el libro del Apocalipsis (cf. Ap 3, 19-20). El poema del inicio también nos remite a esta actitud divina. Estas analogías nos quieren decir inequívocamente que en la relación de amor con Dios hay una parte que nos corresponde a nosotros. En el tema del pecado y del sacramento del perdón se puede concretar en un triple aspecto:

1. **ARREPENTIMIENTO-CONVERSIÓN:** se trata de dolernos por haber errado el camino y volviendo sobre nuestros pasos cambiar de dirección, es decir, de conducta. Los tradicionales examen de conciencia, dolor de los pecados y propósito de la enmienda se ubican aquí. Es reconocer humildemente nuestra pobreza, nuestros caminos errados y ponernos en manos de Dios para que enderece con su gracia nuestro itinerario. Esta actitud "toca el corazón de Dios", lo gana aún más si cabe (cf. Salmo 51 (50) o Lc 18, 9-14).
2. **CONFESIÓN**: verbalizar con un sacerdote el arrepentimiento y la conversión previa. Es sin duda la acción más costosa, la más cuestionada y la más

devaluada, pero con una enorme "lógica divina". Hagamos las siguientes reflexiones:

a. Sabemos que, en ocasiones, somos incapaces de curarnos, de sanar nuestras dobleces, resentimientos, apatías…Somos inhábiles para extirparlas. Por eso requerimos la sanación con minúsculas que nos ofrece el sacerdote (aquí maestro y médico, además de hermano en la fe) pero, sobre todo, la sanación del Terapeuta supremo, Dios, que ha querido automediar su acción eficaz de esta forma.
b. Jesús sabía que confiaba su capacidad de perdón a unos hombres débiles y también pecadores (le abandonaron Mt 26,56; le negaron , Jn 18, 25-27; le traicionaron, Mt 26, 14-16; se habían mostrado calculadores en el seguimiento, Mt 19,27; pugnaron por ser los más importantes, Mc 9, 34; se mostraron violentos Lc 9, 54; Mt 26, 51). Las cosas no han cambiado en 20 siglos. Pero al confiar este sagrado ministerio a personas frágiles y no a intachables, está recordando a quienes lo ejercen que ellos deben dispensar el perdón que también necesitan.
c. Todo pecado, incluso el más secreto, lo es también contra la Iglesia porque lo es en uno de sus miembros y porque atenta contra la santidad constitutiva de la misma. Somos la Iglesia, un linaje santo, de la cantera trinitaria y, por ende, toda falta compromete y desmerece a tan virginal y santa madre. Por eso nos hemos de reconciliar también con ella. El sacerdote no sólo ejerce "in persona Christi", sino "in persona Ecclesiae", para expresar que la paz con Dios y con la Iglesia son dos aspectos de una misma realidad. Es la dimensión social de la gracia, del pecado y del perdón.
d. El perdón concedido por Dios a través de su Iglesia en la persona del sacerdote es la garantía objetiva, oficial, de nuestra reconciliación que nos hace superar toda ambigüedad o incertidumbre subjetiva. ¡Vete en paz, Dios te ha perdonado! ; ¡psicológicamente estas palabras son liberadoras! E) En la vida humana los acontecimientos importantes se comparten y se celebran. La alegría, tiene que compartirse. Para que haya fiesta se necesita el individuo con los suyos, en este caso con el Pueblo de Dios (el sacerdote sólo, en la primera fórmula, o el conjunto de la asamblea cristiana en las otras dos fórmulas comunitarias de reconciliación)

3. **SATISFACCIÓN** (cumplir la penitencia): no se trata de "pagar" lo obtenido, pues el amor, máxime el de Dios, no tiene precio, sino de reparar en la medida de lo posible el mal causado y evidenciar nuestro compromiso contra el pecado, la voluntad firme de volver a la senda del amor; es tomar conciencia de que la conversión es un proceso que continúa más allá del sacramento, pues éste no es un rito mágico.

En definitiva, ¿qué ha ocurrido en este sabio ritual?: en encuentro entre el corazón paterno, misericordioso de Dios y el corazón herido y extraviado del hombre. La imponente ola de la misericordia divina inunda el vacío y la pobreza del corazón arrepentido. En el sacramento de la reconciliación se levantan fuerzas extraordinarias,

nada menos que la potencia del amor perdonador y recreador de Dios. Porque el Dios cristiano no es un Dios impasible, es un Dios apasionado, entrañable, cordial, enamorado, que ahora despliega el torrente de su gracia poderosa.
Además en el sacramento de la reconciliación, "permitimos" que el Padre ejerza como tal, actualizamos el sentido de la Redención cristológica ("por nuestros pecados") y nos acercamos paulatinamente a Dios. Cada caída es un corte en la cuerda que nos vincula a Él, pero cuando somos perdonados ese lazo es atado otra vez. Al ser atado nuevamente surge un nudo, pero la cuerda que fue cortada es ahora menos larga y, por consiguiente, nosotros estamos más cerca de Dios.
La conclusión de todo lo dicho es que estamos ante el sacramento de la alegría. Por eso los evangelios vinculan las escenas de perdón a banquetes (Zaqueo, Mateo, María, el padre del hijo pródigo). Acercarse al sacramento de la reconciliación es ir a celebrar una singular fiesta, a la que siempre estaremos invitados gratuitamente y en la que siempre resonará por parte de Dios la misma expresión con la que comenzábamos poéticamente el tema: "te amo".

C. REFLEXIONAMOS

Con frecuencia nos escudamos en vanas razones para huir del sacramento de la Reconciliación. Las más socorridas son aquellas en las que afirmamos que nosotros ya nos entendemos propiamente con Dios y no necesitamos la mediación del sacerdote para obtener su perdón. Sin embargo, a nadie en su sano juicio se le ocurriría decir lo mismo de la Eucaristía y quedarse el domingo en casa para consagrar el Pan y el Vino, lo cual demuestra lo peregrina que resulta esta excusa y que, en el fondo, oculta una de mayor calado: la vergüenza, la pereza o la desidia a la hora de reconocernos pecadores. Y es que en una gran parte de la sociedad aún persiste la sensación de que el cristianismo es una religión obsesionada con el pecado. Es ésa la imagen que se está dando en muchos medios de comunicación, en televisión, en películas o incluso en algunos de los libros súper-ventas que tanto éxito están teniendo últimamente. Al final, es tan grande la presión a la que nos vemos sometidos que acabamos creyéndonos realmente que es así, que Cristo representa al Padre castigador y vengativo que se enfada con nosotros si algo hacemos mal, de manera que lo mejor es dejarlo tranquilito y que no se moleste demasiado. Sin embargo, al final nos quedamos vacíos porque ese alejamiento que empezó con el pecado no se ha solucionado "con nuestros medios" y se va agrandando con el tiempo. Tal y como le pasaba al hijo pródigo, que cada día se le hacía más difícil levantarse y volver al Padre a pedir perdón.
De ninguna manera Cristo anuncia el castigo y el pecado, sino la Verdad y el Perdón: Ése es el mensaje que nos envía. No viene a castigar y a ajusticiar, sino a perdonar y a amar. Sólo si le damos la vuelta a ese concepto antiguo y arcaico del sacramento es cuando descubrimos verdaderamente su auténtico significado. De ahí la importancia de denominarlo como "reconciliación" frente a "penitencia". Dios nos convoca a retomar su amistad, no a castigarnos, al igual que el Padre salía todas las mañanas a esperar a su hijo, Dios nos espera para perdonarnos. Y en esta relación de amor, Dios recorre más de la mitad del camino, porque olvida y perdona nuestra falta, pero para ello necesita que nosotros acudamos a su regazo, le demos el abrazo e imploremos su perdón.

Son varias las ocasiones en las que la comunidad posibilita que podamos acudir al sacramento de la Reconciliación. Especialmente señalables son los momentos en los que, previo a la celebración del Sacramento de la Primera Comunión en nuestros niños, en recibir el Espíritu Santo en la Confirmación o en el matrimonio se invita a los fieles a recibir la gracia del perdón del Señor como una forma de celebrar más plenamente el sacramento en sí. También para prepararnos para el Nacimiento de Jesús o para vivir más intensamente su Pasión y Muerte, la comunidad nos convoca a la reconciliación en las penitenciales comunitarias. Pero no podemos quedarnos ahí. Sería como celebrar la Eucaristía sólo un par de veces al año. Para ello, los sacerdotes suelen acudir a los confesionarios del templo antes de las Eucaristías comunitarias y también muestran una gran disponibilidad para administrar el sacramento y ofrecer la dirección espiritual a la comunidad en su agenda. Aprovechémoslo.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. ¿Cuándo fue la última vez que recibí el perdón de Dios?
2. ¿Por qué no lo practico más a menudo?
3. ¿Participo en las penitenciales comunitarias? Un compromiso del grupo para este mes podría ser celebrar el perdón de Dios en la penitencial de Adviento, el próximo día 11 de diciembre a las 20’30.

TEMA IV
EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

A. ORAMOS

La historia del pan hecho a mano

- **Lector:** La historia del pan hecho a mano

  De vez en cuando se cuece pan en casa. Un hecho semejante no deja de ser extraño. ¡En una gran ciudad, con tantas panaderías, en un

apartamento, alguien se concede el lujo (o el trabajo) de hacer pan! No es una necesidad, ni es pan para matar el hambre, hacer el pan responde a un rito antiguo, aunque ahora se cuece en la estrechez del horno de un cocina. Ya no es como antes, en un enorme horno de ladrillos.

El pan se amasaba con la mano; largo tiempo. Las cosas no se amasan sin dolor. Una vez cocido, se reparte entre los muchos hermanos que ahora ya están fuera y tienen sus familias y sus hijos. Todos hallan el pan, sabroso. "¡Es el pan de mamá!". Hay algo de especial que no se encuentra en el pan anónimo, sin historia, comprado en la panadería de al lado o en el supermercado del centro.

¿Qué es ese algo que hay en el pan? ¿Por qué se reparte entre los miembros de la familia? Es porque ese pan es como un sacramento. Esta hecho de harina de trigo, con todos los ingredientes de cualquier pan. Y sin embargo es diferente. Diferente, porque sólo el evoca otra realidad humana que se hace presente en ese pan hecho por la madre de cabellos blancos, ya viuda, pero ligada a los gestos originarios de la vida y, por consiguiente, al sentido profundo que lleva consigo cada cosa familiar.

Ese pan evoca el recuerdo de un pasado en el que se cocía semanalmente con mucho sacrificio. Eran once bocas como once pajarillos, esperando el alimento materno. Temprano se levantaba, hacía un montón con mucha harina de trigo blanquísima. Cogía la levadura. Y después con brazo fuerte y mano vigorosa, amasaba el pan, hasta que se formaba homogéneamente la masa. Ésta se cubría con un poco de harina de maíz, más gruesa, y por fin con una toalla blanca.

Al levantarnos ya estaba allí, sobre la mesa, la enorme masa. Nosotros, los pequeños, espiábamos por debajo de la toalla para ver la masa fofa y blanda. A escondidas, con el dedo, cogíamos un poco de masa y la cocinábamos sobre la chapa caliente del fogón de leña. Y después venía el fuego del horno. Se necesitaba mucha leña. Las peleas eran frecuentes… ¿A quién le toca ir hoy a por leña? Pero cuando salía el pan rosado, todos se alegraban. Los ojos de la madre brillaban por entre el sudor del rostro enjugado con el delantal blanco.

Como en un ritual, todos cogían un pedazo. El pan se despedazaba. Quizás para recordar a Aquel que fue reconocido al partir el pan.

- **Monitor:** Como nos recuerda el relato, todos reconocemos a Jesús en el pan partido en la mesa del altar. El pan sacramental de la Eucaristía, con el que el Señor nos ha dejado el alimento imperecedero. Alimento para la vida cotidiana, alimento para la fe, que en medio de nuestra ajetreada realidad, siempre evoca a Aquel que es amor y todo lo dio por amor.

  Por eso Pablo en su carta a los Corintios nos recuerda algunas actitudes necesarias para poder compartir ese pan y para celebrar la fiesta de la donación total del Señor.

- **Lector:** PRIMERA CARTA DE SAN PABLO A LOS CORINTIOS *I Co 11, 23-29*

  Pues yo recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor, la noche que era entregado, tomó pan, dando gracias lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo, después de cenar, tomó la copa y dijo: Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Haced esto cada vez que la bebáis en memoria mía. En efecto, siempre que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva. Por tanto, quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente, es reo del cuerpo y la sangre del Señor. En consecuencia, que cada uno se examine antes de comer el pan y beber la copa. Quien come y bebe sin reconocer el cuerpo del Señor, se come y se bebe su condena.

  Palabra de Dios.

- **Monitor:** Vamos a compartir nuestras oraciones, por lo que a cada una de ellas contestaremos:

  Danos, Señor, el pan de vida.

  - Enséñanos Señor a celebrar la misa como la fiesta de la fraternidad de todos los que hemos sido bautizados, con la esperanza de volver a comer contigo el pan de la vida.

  Danos, Señor, el pan de vida.

  - Que nuestras eucaristías sean comprometidas y comprometedoras con la realidad de los hermanos que nos rodean, para que ese pan que se parte como signo de amor, se vea en la realidad refrendado con frutos de caridad con los más necesitados.

  Danos, Señor, el pan de vida.

  (Oraciones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

La **historia de amor** de Dios con el ser humano, marcada por la iniciativa creciente de comunión por parte del primero, encuentra en la tradición bíblica un término que la tutela, el de ALIANZA. Ésta parte de la elección libre y gratuita por parte de Dios y conlleva un compromiso, desigual en esencia, por ambas partes. La creación es la primera alianza (cf. Gn 2). Dios otorga cercanía y vida y el ser humano ha de corresponder con una obediencia que redunda en su felicidad. La alianza con Noé (cf.Gn 9), con Abraham (cf. Gn 15-16), con David (cf. 2 Sam 7, 8-16) y especialmente la alianza del Sinaí (cf. Ex 19-24), sellada con sangre de animales y con un banquete (cf.

Ex 24, 1-11) son los hitos posteriores que van particularizando esta institución. A partir de entonces Israel es propiedad de Yahveh, garantizándose su cercanía y protección, pero obligándose a su vez al cumplimiento de la Ley. Las infidelidades del pueblo no revocarán la original oferta divina y, finalmente, con los profetas (Ez; Jer; Os; Is), se anunciará una alianza eterna, interior y universal que tendrá al propio Dios como garante. El cumplimiento de la misma se llevará a cabo en Jesucristo, Hijo de Dios, quien al abrazar en sí los dos polos (humano y divino) será la **NUEVA Y ETERNA ALIANZA** en persona. Su encarnación, sus obras y palabras y, principalmente, su pasión y misterio pascual sellaron de forma irrevocable el primigenio designio comunional de Dios con los hombres. En Jesucristo Dios estaba reconciliando entre sí y consigo al mundo y tocando la historia por donde menos podíamos esperarlo. En efecto, al exceso de mal no se puede oponer sino otra desmesura. El único contrapeso posible es un exceso de amor. Al dolor de una humanidad bañada en lágrimas y sangre, en impotencia autorredentora, sólo podía responder el testimonio del Amor que asume el peso del mal en su propia carne, llegando hasta un sacrificio de lágrimas y sangre, sacrificio existencial. En la cruz el amor de Dios no falló, ni en Jesús ni en el Padre. Resistió fuerte el amor; más fuerte y tensado en su infinita ternura por aquél dolor humano y divino y pudo resistir porque nos iba a mostrar la muerte como un tránsito (Pascua).Iba a quitarle a la muerte su aguijón, porque el amor se mostraría más fuerte y resistente que la misma muerte, y no sólo tan fuerte como ella (cf. Ct 8,6). Después de la última palabra que significaba el pecado y la muerte para los humanos, iba a quedar en pie la primera y ultimísima Palabra de vida que era el Amor, Dios. En él se sellaba una nueva y eterna alianza con los que caen y, desde estos, se abría la puerta de la reconciliación a los opresores, en definitiva a todos.

Al hombre, abrumado por este abismo de generosidad no le queda otra que la gratitud. Y la mejor manera que tenemos de agradecerle a Dios toda su magnanimidad y grandeza es regalarle lo mejor que tenemos, a saber, aquello que Él más quiere y que previamente nos ha dado, la vida, muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo, sumándole, a su vez, merced a la acción del Espíritu en la Iglesia, nuestro sacrificio, es decir, la devolución agradecida y entregada de nuestra propia vida. Eso es en primer lugar la Eucaristía, una ACCIÓN DE GRACIAS Y ALABANZA A DIOS PADRE. Y si esto es posible es porque la Eucaristía también es el MEMORIAL (recuerdo actualizado, que se hace presente) instituido por el Señor en la Última Cena (cf. 1 Cor 11, 23) de aquel SACRIFICIO que Él hizo de una vez para siempre en la cruz (cf. Heb 7, 25-27). En este sentido, en la Eucaristía, de forma sacramental (pan y vino), de manera incruenta, Cristo nos da el mismo cuerpo que por nosotros se entregó en la cruz y la misma sangre que "derramó por muchos" para remisión de los pecados (Mt 26, 28). Misteriosa, singular y conmovedora presencia de Dios, fuente y cumbre de toda la vida eclesial.

Evidentemente dicha presencia sólo se descubre con los ojos de la fe, esas gafas muy humanas y por ende muy divinas, que nos permiten penetrar la realidad y dotarla de sentido sobrenatural. La fe, asimismo, se fortalece con el sacramento, en un creciente proceso de retroalimentación. Ahora bien, la fe se vive en comunidad, eclesialmente. La madre Iglesia que nos alumbró a la vida sobrenatural, nos convoca como hermanos para con-vivirla. Sólo actuamos como auténticos hijos de Dios cuando vivimos fraternalmente. Por eso nos reunimos en el templo para celebrar la Eucaristía y sentarnos unidos en torno a las dos mesas que contienen los manjares más exquisitos

que puede paladear el ser humano. Mesas engalanadas que ofrecen objetivamente, más allá de nuestro subjetivismo, los alimentos que sacian y que tocan el núcleo fundamental de nuestro ser, pues han sido preparados por el mismo Dios y lo contienen a Él mismo.

La primera es la mesa de la Palabra, voz de Dios que nos quiere poner en contacto personal con Jesús resucitado para que Él haga arder nuestros corazones, como en otro tiempo a los discípulos de Emaús, (cf. Mc 16, 12-13 y Lc 24,13-35). Presencia que nos ilumina, nos interpela y transforma eficazmente, aquí y ahora, nuestras vidas si nos dejamos alcanzar y sazonar por ella. Y es que la palabra de Dios es sacramental , lo cual quiere decir que hace presente lo que expresa. Más aún, el carácter sacramental de la palabra hace a Dios presente, no sólo como una presencia personal e íntima, sino también como una presencia que nos asigna un lugar en la gran historia de salvación. El Dios que se hace presente no es sólo el Dios de nuestro corazón, sino el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, de David y Salomón, de Jeremías e Isaías, de Pedro y de Pablo, de Francisco de Asís y de cada uno de nosotros. La palabra de la Eucaristía nos convierte en parte viva de la gran historia de la salvación. Nuestras pequeñas historias son integradas en la gran historia de Dios, en las que se les asigna un lugar único. Presencia a través de su palabra, pan de evangelio, sin el cual no podríamos reconocer la presencia de Jesús en la fracción del pan en el sacramento del altar.

La segunda es la mesa del sacramento. En ella, por la acción del Espíritu creador invocado por el sacerdote en nombre de la Iglesia, se nos da en forma de pan, que se parte y reparte por amor, el cuerpo de Cristo, es decir, la persona entera de Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, y también, en forma de vino, su sangre, esto es, su vida entregada por nuestra salvación. Presencia humilde, más si cabe que la Encarnación, pero real, verdadera y substancial, que busca entrar en contacto íntimo con nosotros para así transformarnos, "divinizarnos". Porque junto al pan ponemos en el altar nuestra vida cotidiana, todo aquello que nos tritura y nos muele a diario y cuantos granos de trigo están todavía inconexos en nuestra existencia. También junto al vino, presentamos los sufrimientos y aflicciones propias y de la humanidad, así como sus anhelos de éxtasis, de alegría, de la sobria ebriedad de la felicidad. Pues bien, todo ello quedará transformado en el cuerpo y la sangre de Jesús.

La Eucaristía es, pues, un banquete, que recuerda y hace actual las comidas festivas del Jesús histórico, también la Última Cena y que, a su vez, anticipa el banquete de la mesa celestial. Banquete al que debemos acudir exultantes por el anfitrión que nos lo prepara, por las viandas con que nos obsequia y por los frutos que de él se derivan. Enumeremos sucintamente estos últimos:

1. **Acrecienta nuestra unión con Cristo**: "quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en Él" (Jn 6,56). ¡Inhabitados por el mismísimo Hijo de Dios resucitado!, comunión de vida que deleita, acompaña en el camino de la vida, fortalece la existencia recibida en el Bautismo, libera de las culpas cotidianas y preserva del pecado.
2. **Estrecha los vínculos de caridad entre los bautizados**, como miembros de un mismo cuerpo, la Iglesia, cuya cabeza, principio rector , vivificador y unificador es el Señor Jesús (cf. 1 Cor 10, 16-17; Rom 12,5; Ef 1, 22-23; Col 1,18).
3. **Nos vincula fraternalmente a todos los hombres**, especialmente a los últimos y desfavorecidos. Al respecto, la Iglesia, comunidad eucarística ha de ser una

sociedad de contraste y ponerse siempre al servicio de "nuestros señores los pobres".

4. **Diviniza**, por medio de Cristo la creación entera (cf. Col 1, 15-20), ya que la abraza y la eleva en ofrenda ascendente al Padre.
5. **Es prenda de vida eterna**, pues realiza nuestra redención y nos comunica la nueva vida que el Hijo ha recibido para siempre (cf. Jn 6, 51-56). ¡Qué promesa tan enorme, puntal de nuestra esperanza, de labios del mismo Cristo!: " si uno come de este pan vivirá para siempre" .
6. **Une los dos mundos**, el de la Iglesia militante, en esta historia, con el de la Iglesia triunfante, en la gloria del cielo. El maravilloso misterio de la comunión de los santos nos permite ofrecer el sacrificio eucarístico en sintonía con la Santísima Virgen y con todos los santos. Hay una dimensión supracósmica en toda Eucaristía que ningún esfuerzo humano puede parangonar.
7. **Es la mejor ofrenda amorosa** de intercesión por los miembros de la Iglesia purgante; gesto maternal de la Iglesia terrena que no olvida a ninguno de sus miembros y despliega sus mejores galas de seducción esponsal ante el Esposo que nada puede negarle.

Finalmente,como se ha insinuado ya repetidas veces, la Eucaristía no puede quedarse solamente en un rito endogámico, cerrado. Por eso, concluye con las siguientes palabras de envío "**ite missa est**", literalmente, "marchaos, es el envío", traducido actualmente por "podéis ir en paz". Quiere significarse así que los cristianos estamos llamados a eucaristizar el mundo en un compromiso solidario por Dios a favor de todo el género humano, nuestros hermanos, hasta la entrega total de nuestra vida; para el cristiano, máxime tras este sacramento, vivir es des-vivirse. De ahí la enorme seriedad y responsabilidad de lo que celebramos. "Haced ESTO (= rito+entrega de la vida) en memoria mía". Recordemos que el cuarto evangelista, en vez del relato de la última cena, nos habla del mandamiento del amor y del lavatorio de pies, posiblemente para evitar un ritualismo vacío; sin el propósito de compartir con los otros en actitud de servicio no hay verdadera celebración eucarística. Al participar de este sacramento no somos sólo sagrarios, sino también custodias para la exposición, testigos vivos del Resucitado ante los demás. La presencia real de Cristo en la Eucaristía debe tomar cuerpo y continuidad en la vida cotidiana de sus seguidores, en el altar de la vida cotidiana.

C. REFLEXIONAMOS

Nuestra comunidad ha estado en los últimos años haciendo un gran esfuerzo por renovar la celebración de la Eucaristía. Desde que el papa Juan Pablo II convocase a la Iglesia al Año de la Eucaristía en el que nos invitaba a hacer del banquete eucarístico el centro y culmen de la vida del cristiano, hemos hecho grandes esfuerzos por hacer que así sea, que el encuentro con Cristo Muerto y Resucitado en la mesa del altar pase por ser el momento sobre el que gire nuestra vida de cristianos. Por eso, y como fruto de la visita del Papa Benedicto XVI a nuestra tierra y del V Encuentro Mundial de las Familias, se instauró la celebración de la eucaristía dominical de 11'30 con el objetivo de permitir que todos, padres e hijos, puedan celebrar juntos la Santa Misa. También los grupos de Liturgia que preparan las celebraciones del sábado y del domingo siguen

ese espíritu de renovación del que hablábamos para intentar que podamos vivir el encuentro verdadero con Cristo Resucitado.

Pero no podemos quedarnos sólo en eso, en pretender que el sacerdote haga la homilía breve, que los cantos nos gusten y que los niños no molesten demasiado y esperar ansiosos el momento de salir a la plaza a charlar con los amigos. No es ése el corazón que Dios nos pide, más bien al contrario, nuestro corazón debe prepararse durante toda la semana para el encuentro dominical de la Eucaristía. La oración diaria, la lectura del Evangelio del domingo, la preparación de nuestro ofertorio, son algunos de los medios que pueden hacer que, efectivamente, la Eucaristía sea el centro y culmen de nuestra vida de cristianos.

Por otra parte aún es frecuente que consideremos que hay prácticas piadosas que están en retroceso, como es la adoración eucarística. La visita al Sagrario, el comulgar de impedidos en Pascua, la solemnidad del Corpus Christie, los Jueves del Corpus, la Adoración Nocturna, las oraciones ante el Santísimo en Adviento o Cuaresma o las oraciones parroquiales mensuales en las Dominicas del Alter son desconocidas por una gran mayoría de nuestra comunidad que las ve como algo caduco y antiguo. Descubrir a Cristo presente en su Cuerpo en la oración es imprescindible para promover en nuestros corazones ese amor por la Eucaristía. Con frecuencia escuchamos a los jóvenes lamentar la pérdida de tiempo que supone la oración, pero tal vez nunca nadie les ha enseñado a visitar

Ahora bien, no podemos pretender que la Eucaristía sea ese centro de nuestra vida si no somos capaces de transmitir el amor a Cristo Eucarístico a los niños. La formación de las familias en la catequesis familiar es un pilar fundamental para lograr que los padres acompañen a los niños en el conocimiento del Evangelio y para ello hay que redoblar esfuerzos en que la parroquia sea mediante los matrimonios guías, verdaderos viveros de vocaciones familiares cristianas. El acompañamiento de las familias, el cuidado en la formación en los niños y la liturgia de las eucaristías de juniors o comunitarias, en las que tengan especial atención los más pequeños, son algunos de los medios que están a nuestro alcance para que cada uno de nuestros hogares sean familias donde la Eucaristía y Cristo ocupan un lugar preferente.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. ¿En qué eucaristía participo? ¿Lo hago con mi familia, con mi grupo o solo?
2. ¿Qué actitud tengo en la Eucaristía: me ofrezco a leer, pasar la bandeja, etc. o me refugio en mi banco, al final del todo?
3. ¿En qué medida la celebración de la Eucaristía me ayuda a formar parte de mi comunidad? ¿Cómo me preparo para participar en ella?

TEMA V
EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

A. ORAMOS

- **Lector:** La historia de la palabra dada.

  La palabra define a la persona. La palabra es la misma persona, porque la persona es esencialmente comunicación. Pero son pocas las personas que toman conciencia de esta profunda realidad. Para ellas la palabra se configura como algo absolutamente sagrado. La palabra merece respeto porque toda persona merece respeto. Para la gran mayoría, sin embargo, la palabra no deja de ser un instrumento para comunicar

mensajes interesados, que contaminan los canales de comunicación entre personas, hay palabras que esconden los pensamientos en lugar de comunicarlos.

El señor Gómez es un empresario con éxito. Los negocios lo han relacionado con hombres en las más diversas situaciones y con los más diversos intereses. Así su palabra puede ser encantadora y dulce como las lágrimas de ternura, pero puede ser dura y cortante como una espada. Pero lo más admirable en el señor Gómez es el valor y el peso que pone en las palabras.

La palabra escrita es cristalina; no existe en ella ambigüedad alguna. En medio de esa claridad matemática, de contratos, propuestas,...Su palabra escrita comunica a la persona misma. Pero además, para el señor Gómez, más importante que la palabra escrita es la palabra hablada. Palabra dada, historia contada. Una vez dada la palabra, se ha jugado el todo por el todo. Podrá perder dinero, podrá ser incomprendido, podrá cancelar contratos y documentos a su favor: la palabra dada es como un sacramento, es sagrada, definió a la persona, ya no puede ser borrada del espacio.

Una vez pronunciada, sale y circula por el mundo, jamás se pierde porque alcanza lo eterno y fija definitivamente a la persona. La palabra escrita puede ser tachada, borrada y destruida. La palabra hablada, no. Es inviolable. Ya nadie la controla: es trascendente. El señor Gómez es lo que es su palabra. La palabra es lo que es el señor Gómez: eficaz, decisiva y generadora de actos que modifican la vida.

- **Monitor:**

  Las historias que hemos contado nos ayudan a entender que los sacramentos visibilizan, comunican y realizan lo que significan. El pozo hacía presente el agua que saciaba la sed de toda la familia. El pan hecho por la madre comunica y realiza lo que él significa para toda la familia: no solo acalla el hambre, sino sacia otro hambre más fundamental, el de la comunión fraterna y el de la unidad. Nuestra fe siempre nos enseñó que la gracia de Dios está infaliblemente presente en la realización de los sacramentos, y no por mérito de los hombres, sino únicamente por Dios y Jesucristo.

  Así, siempre nos enseñaron que cuando nos comprometimos por medio del sacramento de la Confirmación a ser apóstoles activos de Cristo, la fuerza del Espíritu Santo vino sobre nosotros.

  Al compromiso nuestro de la "palabra dada" del sí al Señor, recibimos como gracia de Dios gratuita y efectiva la fuerza del Espíritu Santo, como veremos en la lectura de Hechos. Nuestra "palabra dada" nos definirá para siempre como cristianos, nos imprimirá carácter, ya sólo dependerá de nosotros el que esa palabra nos describa o simplemente oculte otros intereses.

- **Lector:** LECTURA DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES *Hch 1, 4-8*

  Estando Jesús comiendo con ellos, les encargó que no se alejaran de Jerusalén sino que esperaran lo prometido por el Padre:

-Lo que me habéis escuchado –les dijo- que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados dentro de poco con Espíritu Santo.
Estando ya reunidos le preguntaban:
-Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?
Les contestó:
-No os toca a vosotros saber los tiempos y circunstancias que el Padre ha fijado con su exclusiva autoridad. Pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis testigos míos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta el confín del mundo.

Palabra de Dios.

- **Monitor:** Es el momento de participar todos expresando nuestras oraciones y nuestras reflexiones en común. A cada intervención responderemos:

Envía tu Espíritu, Señor

  - Te pedimos por todos aquellos que confirman su fe, para que los dones del Espíritu Santo se hagan realidad en sus vidas.

Envía tu Espíritu, Señor

  - Te pedimos por todos los que nos reunimos en este grupo, para que la reflexión de estos temas, ayuden a vivir mejor la celebración de los sacramentos y apreciar la gracia que Tú nos das en cada uno de ellos.

Envía tu Espíritu, Señor

(Oraciones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

1. La confirmación, rito de paso.

En una primera aproximación la confirmación podría considerarse como un "rito de paso" a la vida adulta en general y a la madurez de la fe en particular. El joven que se confirma vendría a manifestar pública y conscientemente ante la asamblea creyente que quiere ser cristiano y vivir sus compromisos bautismales de un modo adulto, quedando sancionado todo ello con el rito iniciático eclesial pertinente. Sin embargo, en primer lugar, la confirmación es, como todo sacramento, una acción amorosa y agraciante de Dios. El Amor personal se acerca a nosotros para transformarnos. Así, pues, la palabra confirmación no tiene su origen en ninguna acción del que se confirma, sino en la "consolidación", "afirmación" por parte de Dios de lo que Él inició un día en

el Bautismo. Ahora se nos da más plenamente el Espíritu que entonces se nos confirió, al tiempo que se nos ratifica la pertenencia a esa gran comunidad de los discípulos de Jesucristo. El confirmando acepta personal y gozosamente ese don y quiere ser fiel testigo del mismo. Hay, pues, una primacía objetiva de la acción de Dios, en concreto del Espíritu Santo. Él es el principal protagonista de la Confirmación. Y de tal manera es así que lo propio de este sacramento no es que el Espíritu suscite un don, un carisma o produzca un efecto sacramental en nosotros, sino que Él mismo se nos da como "don" y "sello" que lleva a perfección aquella realidad que se nos dio de forma germinal en el Bautismo, a saber, nuestra configuración con Cristo. Abundemos un poco en la Tercera persona de la Santísima Trinidad, que ahora se nos otorga en su ser personal.

El Espíritu Santo es la personificación del amor eterno entre el Padre y el Hijo. En Dios, que es todo amor, está, el que Ama (Padre), el Amado (Hijo) y el Amor entre ambos (Espíritu Santo). Él es la persona por excelencia del amor de Dios. La realidad del amor en Dios no es impersonal, sino que se erige en la tercera Persona de la Trinidad. En la Historia de la Salvación actuará desde la creación, hasta en cualquier dinamismo humanizador, pero especialmente en el acontecimiento Jesucristo y tras su Pascua en la Iglesia, como el "Pará-clito(=llamado junto, ad-vocatus) para interceder, abogar, consolar, guiar, liberar, ayudar… El Espíritu Santo es un sujeto paradójico:

- Es un sujeto sin rostro, pero real (como el viento que lo reconocemos por sus efectos)
- Es un sujeto que no habla en nombre propio (cf. Jn 16, 13), sino que nos remite siempre al Verbo o Palabra de Dios, recordando y actualizando su obra
- No obstante, es un sujeto que hace hablar a los hombres, desde los hagiógrafos hasta todos aquellos que, movidos por la caridad, prestan su palabra a quienes no tienen voz.
- Es un sujeto que no podemos hallar fuera de nosotros, sino en nuestro interior y que, por tanto, abarca a todos los individuos y recorre la historia entera.
- Su primer don, según la "lógica divina", consiste en despojarnos, en hacernos pobres anímicamente para que nos abramos y abandonemos al poder de su amor. Al vaciarnos genera el espacio para inhabitarnos. ¡Espíritu Santo, padre de los pobres!
- Su acción siempre estará "limitada" por la libertad relativa y situada de los hombres. El diálogo será fecundo cuanto más dóciles seamos a su acción. Un buen termómetro de esta relación será la presencia o ausencia de los frutos del Espíritu en nuestras vidas: "amor, alegría, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí" (cf. Gál 5,22).

2. Sacramentos de la Iglesia.

En segundo lugar, recordamos que los sacramentos lo son de la Iglesia y que el Espíritu del Padre y del Hijo nos viene vehiculado por la mediación eclesial. Ella, por designio divino es la dispensadora de los medios de la salvación y de la gracia. Emerge así el segundo protagonista de la confirmación, el obispo. Él, además de ser

el instrumento humano para derramar el Espíritu divino, en cuanto sucesor de los apóstoles preside la iglesia particular (diócesis), garantiza su unidad, su catolicidad y en este sacramento incorpora pública y solemnemente al cristiano a la Iglesia y a su misión evangelizadora. El obispo que administra el sacramento encarna también la maternidad espiritual de la Iglesia. Ella nos engendró a la vida de la fe y cuida nuestro crecimiento, acompañándonos toda la existencia. En ella y desde ella se vive la condición de hijos de Dios y, por ende, de hermanos.

3. Los confirmandos.

Podemos dar ahora paso al tercer protagonista del sacramento, los **confirmandos**.

a) Estos, después de la lectura de la Palabra y antes de la homilía son llamados por su **nombre** y permanecen de pie, normalmente incorporados al presbiterio. Como ya sabemos todo encuentro de amor supone la respuesta del amado y, aunque la iniciativa siempre es de Dios Él necesita nuestro acto libre.

b) Tras la homilía se procede a la **renovación de las promesas del Bautismo**. Ahora de forma expresa hacen suyos los compromisos que entonces hicieron por ellos. Se puede decir que somos bautizados para ser confirmados y somos confirmados para vivir según nuestro bautismo. Bautizados en Cristo nos injertamos en su misterio pascual para participar de su Espíritu. Cuando gozamos plenamente del mismo (Confirmación) culmina en nosotros la imagen del Hijo, porque el don total del Espíritu nos permite caminar plenamente como hijos en el Hijo. En otro sentido, el momento bautismal, como el momento cristológico de la Pascua, acentúa la perspectiva salvífica, el paso personal del pecado a la gracia, de la muerte a la vida. El momento de recibir al Espíritu, como el de Pentecostés, acentuará la perspectiva eclesial y misionera, el testimonio público de la glorificación del Señor. Podemos hablar de momentos distintos de un mismo proceso (cf. Hch 8, 14-17), al igual que la misión del Hijo se orientaba hacia la misión del Espíritu y la del Espíritu nos remite a la del Hijo.

   Además, abundando en la relación entre estos dos sacramentos de la iniciación cristiana, debemos considerar que el diálogo que establece Dios con el hombre mediante sus sacramentos es un encuentro transformador; hace florecer la vida divina en nuestra humanidad es un proceso lento que requiere tiempo. Hay que cuidar y nutrir esa vida, poderosa en sus raíces, pero frágil en su caminar mundano; de ahí que: “los fieles renacidos en el Bautismo, se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna”.

c) A continuación tiene lugar la oración de **invocación al Espíritu Santo** y la imposición de manos general (gesto de origen apostólico). En este gesto se simbolizan varias cosas:

   - que el Espíritu de Dios desciende para proteger y transformar a los confirmandos.
   - Dios mismo toma posesión de los jóvenes. El señorío de Dios sobre sus vidas los eleva, los dignifica y, consecuentemente, los humaniza. También los libera porque las redime de señoríos mundanos.

- Significa también la fortaleza para realizar la propia vida según el designio de Dios.
- Finalmente es un signo de delegación para dar testimonio personal de la vida del Señor Jesús (cf. Hch 3,15).

El confirmando puede percibir en este rito como el Espíritu Santo se dirige personalmente a él, tal cual es, con sus cualidades y limitaciones, en su singularidad. El Espíritu Santo se infunde a la vida del confirmando, lo impregna con su poder, lo colma de su amor, ilumina sus zonas oscuras, sana sus heridas, lo transforma y lo capacita. Él se erige en la fuerza de su fuerza. ¡Baño irresistible de amor, de luz y fuego divino que ilumina y derrite las zonas más sombrías y gélidas de nuestro interior!

d) La **crismación**: unción en la frente haciendo la señal de la cruz : "recibe por esta señal el don del Espíritu Santo". Volvamos a recordar que el don es el mismo Espíritu Santo y no una consecuencia de la efusión del mismo.
   - el primer significado de este gesto es el de ser "**sellado**" (cf. Ef 1, 13 ss), esto es, ser propiedad de Dios. Signo de su autoridad sobre nuestras vidas, de la pertenencia total a Cristo y nuestra puesta a su servicio.
   - Ser crismado es ser **ungido** (cf. Sam 2, 4.7; 5, 3.17) como Cristo, el Ungido y, por tanto, participar de su triple oficio sacerdotal, regio y profético (recordar Bautismo). Somos consagrados para participar de una manera absoluta de la misión de Nuestro Señor, a fin de que toda nuestra vida desprenda "el buen olor de Cristo" (cf. 2 Cor 2, 15), el buen olor de la verdad y de las buenas obras, fermento de santidad en el mundo. Pero el aceite, y la unción se realiza con aceite perfumado y consagrado por el obispo en la misa crismal, también tiene otros ricos significados:
     1. Es sabor que aliña los manjares.
     2. Es, al menos antiguamente, materia de curación de heridas y contusiones (cf. Is 1,6; Lc 10,34).
     3. Era también un elemento para dar agilidad y fuerza en los combates. El confirmando ha de librar el "combate de la vida", pugnar por acomodar el espíritu del mundo al de Dios y es capacitado para dicha "milicia".
     4. El bálsamo que está mezclado con el aceite, le otorga un olor agradable que quiere expresar que somos impregnados con el aroma amoroso de Cristo y llamados a expandir dicho perfume.

Los ritos despliegan mejor su efecto cuando captamos su riqueza significativa. Así, gracias al Espíritu Santo, nuestra vida tiene sentido, sabor, nuestras heridas son curadas, somos pertrechados para el combate de la vida y constituidos en portadores del perfume del amor de Jesucristo.

El padrino o la madrina (que acompañan al confirmando ante el obispo con la mano en su hombro) tiene una triple función:

- es un vestigio de la **vinculación con el Bautismo**.

- Es también un gesto de **respaldo**, ánimo, acompañamiento. Jamás vamos solos ante Dios ni caminamos solos en la Iglesia.
- En el padrino se hace visible el Espíritu Santo como **protector, defensor.** Le guarda las espaldas para que se arriesgue y se mantenga firme en los combates de la vida.

e) El **saludo** (abrazo) de la paz: tras la crismación el obispo da la paz al confirmando abrazándole como miembro pleno del Pueblo de Dios. Este gesto quiere expresar la total acogida de la persona en su originalidad por parte de la Madre Iglesia.

f) La oración universal no tiene como objeto único el crecimiento cristiano de los jóvenes, ni la acción de gracias; se trata del ejercicio de la función sacerdotal que como miembros del Cuerpo de Cristo todos realizamos a **favor del conjunto del género humano**. La Iglesia, sacramento universal de salvación, ensancha su corazón hasta abrazar los confines del orbe y de los hombres. Nada humano nos es ajeno.

g) Después de las preces sigue la celebración de la **liturgia eucarística**. Los recién confirmados llevan las ofrendas al altar, la de las especies (símbolos del don divino y de las alegrías y sufrimientos de los hombres) y la de sus propias vidas. De esta forma queda vinculada la Confirmación con la Eucaristía. Así lo que empezaba con un nexo hacia el Bautismo, pórtico, umbral y germen de la vida cristiana, prosigue con el fundamento, meta y culmen de toda la misma. He aquí el vínculo de los tres sacramentos de iniciación.

Para concluir afirmamos que vivir desde la Confirmación significa tomar en serio la realidad del Espíritu Santo. Espíritu de los últimos tiempos, tiempos mesiánicos, escatológicos, de reconciliación universal que nos debe mover a incoar el Reino de Dios en la historia mediante la praxis de la justicia al servicio del amor. También debemos tomar conciencia de que en todo lo que hacemos estamos acompañados por el Divino Huésped del alma y descargarnos así de sentirnos solos en nuestros afanes. Los cristianos somos seres acompañados y podemos vivirnos desde una realidad más alta. No luchamos en solitario. No tenemos que resolver todos nuestros problemas ni encrucijadas, ni vencer nuestras tristezas o soportar el peso de nuestros fracaso o culpas solos. El propio Dios que habita en nosotros nos sostiene y nos mueve por caminos insospechados. Incluso la fe en el Espíritu Santo, que se nos ha otorgado como don personal en la Confirmación, nos regala la confianza, más aún, la certeza, de que lograremos nuestra vida, aquí, ahora y para siempre. El Espíritu es prenda de la herencia prometida; promesa de que Dios no me dejará de su mano protectora, de que soy suyo y que, por ello, cantaré eternamente un himno de alabanza a su gloria (cf. Ef 1, 14).

C. REFLEXIONAMOS

En nuestra comunidad se ha hecho también un gran esfuerzo en los últimos años para la renovación del sacramento de la Confirmación y la preparación de nuestros jóvenes. Ahora los chicos y chicas, al terminar la etapa del Movimiento Juniors, inician un nuevo

itinerario de cuatro años en los que irán descubriendo lo que la Iglesia les ofrece a través de Jesús y qué pueden dar ellos al mundo a través de la Iglesia. Se trata del Movimiento Juvenil, que abarca cuatro cursos y en los que recibirán el Espíritu Santo durante el tercer año.

Se trata de procurar que nuestros jóvenes vayan descubriendo el plan que Dios ha preparado para ellos y cómo poder llevarlo a cabo en una sociedad como la actual, que ha dado la espalda a Cristo. Por eso es importante destacar el valor de aquellos jóvenes que, pese a las circunstancias que les rodean en sus ambientes o institutos, son capaces de decir que sí a Jesús. Y es que esta juventud, tan criticada por los mayores, tan denostada por los "*botellones"*, el uso indiscriminado del móvil o los ordenadores, o por vestirse de cualquier modo, no es muy diferente a las anteriores. Tienen los mismos miedos que sus padres y buscan el cobijo y el abrigo de sus grupos de amigos o iguales. Nada nuevo, salvo que las circunstancias que les rodean sí son diferentes: tienen una gran presión por la televisión y el cine o internet, que les muestra a la Iglesia como una institución caduca o a los sacerdotes y religiosos y religiosas como personas que pierden el tiempo o que simplemente son tontos. Les han propuesto como modelos de comportamiento a personajes extraídos de programas de televisión en los que se prima el sexo fácil, el hedonismo o la fama a cualquier precio.

En ese contexto aún quedan algunos jóvenes que se enamoran de Cristo y que quieren seguirle. Otros en cambio, sólo han mostrado curiosidad y se han acercado a escuchar lo que les dice Jesús sin saber si le van a abrir su corazón o no. Por último hay jóvenes a los que nadie les ha hablado del Evangelio y por lo tanto nadie ha despertado en su interior la necesidad de conocer a Jesús o simplemente han preferido decirle no. Lo fácil es juzgar, desde nuestra perspectiva de cristianos comprometidos, a los últimos duramente. O incluso despreciar a los segundos por la debilidad de sus compromisos. Pero entonces estamos minusvalorando el poder del Espíritu Santo y su acción transformadora en los jóvenes. Recuerden la escena de Pentecostés cuando los propios discípulos, aquellos que han estado con el Señor, aquellos que han visto su Pasión y Muerte e incluso aquellos que han visto cómo partía ante ellos el pan una vez resucitado, se encuentran cerrados y con miedo y no es hasta la venida del Espíritu cuando sus corazones rompen sus corazas y se atreven a salir afuera a anunciar que es verdad que Cristo ha resucitado. Por ello debemos, como comunidad redoblar nuestros esfuerzos por hacer llegar el mensaje de Jesús a todos los jóvenes y ofrecerles un modelo alternativo de vida, que no es otro que el basado en el amor a los hermanos.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. ¿Me he confirmado? ¿Por qué lo hice o por qué no lo he hecho?
2. En mi familia, mis hijos, ¿participan en algún movimiento de infancia o juventud? ¿De qué manera la familia y los padres colaboran en la formación cristiana de sus hijos?
3. Hablemos de las diferencias entre jóvenes y adultos, ¿hasta qué punto me pongo yo en el lugar del otro (especialmente los más jóvenes) para ayudarles en su caminar?

TEMA VI
EL SACRAMENTO DEL ORDEN SACERDOTAL

A. ORAMOS

- **Lector:** La historia de la casa

  No se viaja sólo para llegar, pero en un viaje el bien propiamente dicho es la llegada, nos referimos al regreso. Llegar es como echar el ancla tranquilo en el puerto seguro, después de haber pasado por toda suerte de posibles peligros. Son tantos los que viajan y nunca llegan… La llegada es buena porque el hombre no vive por mucho tiempo sin casa o fuera de casa. La casa es la porción del mundo que es como un sacramento, doméstica, humana, donde cada cosa tiene su lugar y

sentido, donde no hay nada extraño, donde todo es familiar. Las cosas de la casa tienen vida y moran con los hombres, por eso nada más horrible que los caserones inmensos, superfluos y vacíos. No son familiares y las cosas habitan como poseídas por vanidad y ostentación. No viven y por eso hacen siniestra la casa del opulento vanidoso.

Quien tuvo que vivir fuera de la casa paterna y familiar sabe lo que significa en su mayor magnitud. Cuando regresa desaparecen los miedos. ¡Vamos camino de casa! Tras abrazar a todos, uno quiere ver la casa por todos los lados, todo en ella es importante: "Ésta era la sala,…", aquí se estudió duro, los objetos se hacen vivos. Después afuera hay que saludar a los árboles. Todo vuelve a ser familiar. Qué bueno es poder decir: ¡Por fin estoy en casa! Y al decirlo aletea en el fondo del alma todo lo que significa cobijo, espontaneidad, simplicidad y alegría de estar en la familiaridad de todas las cosas.

Sí, la casa es como un gran sacramento, el comedor, los dormitorios, los cuadros de la pared. Todo de alguna manera es sagrado. No se profana una casa; es un santuario. No se invita sin más a alguien a entrar en casa, porque esa sacramentalidad que posee sólo los iniciados en la amistad y en el amor pueden saborearla con nosotros.

En la casa se desarrolla y crece el amor entre los esposos, entre la familia y a partir de ella, y del amor que se respira, como círculos concéntricos todos va convirtiéndose en significativo para uno, su calle, su barrio, su ciudad, su tierra, su patria… Pues al final todo te remite a los tuyos y a tu historia y a la historia de los que contigo están escribiendo la vida, la del día a día, la que te permite expresar en tu interior, cuando en los regresos cotidianos al hogar, te acercas al umbral: ¡Qué acogedora es la casa.. Allí hay alguien que piensa en mí, me ama, me mira y me espera".

- **Monitor:**

  Al igual que nos han descrito en la historia de la casa, algo semejante ocurre con la Iglesia. No sólo es el credo, la liturgia, las instituciones, ni tan siquiera las tradiciones las que hacen que la Iglesia sea Iglesia, sino la fe expresada en el amor del Señor que está presente y vivifica el credo, expresa la liturgia, encarna las instituciones y vive en las tradiciones. Todo eso constituye el sacramento de la Iglesia, porque la Iglesia es el sacramento de Cristo, y el amor de Él para con la Iglesia le da el Espíritu y por eso aunque por fuera parezca como una más, es diferente en su interior, muy diferente.

  El amor de Cristo hacia su Iglesia, es el ejemplo que se nos propone para la vivencia del matrimonio cristiano. De esta forma adquiere sentido cada pared del hogar, cada año vivido y expresado en común. San Pablo, una vez más nos lo describe con sabiduría en la siguiente lectura.

- **Lector:** LECTURA DE LA CARTA A LOS COLOSENSES *Col 3, 12-17*

  Por tanto, como elegidos de Dios, consagrados y amados, revestíos de compasión entrañable, amabilidad, humildad, modestia, paciencia;

soportaos mutuamente; perdonaos si alguien tiene queja de otro; como el Señor los ha perdonado, así también haced vosotros. Y por encima de todo el amor, que es el broche de la perfección. Actúe de árbitro en vuestra mente la paz del Mesías, a la que habéis sido llamados para formar un cuerpo. Sed agradecidos. La Palabra del Mesías habite entre vosotros en toda su riqueza; con toda destreza enseñaos y exhortaos unos a otros. Con corazón agradecido cantad a Dios salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que hagáis, de palabra o de obra, hacedlo invocando al Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Palabra de Dios.

- **Monitor:** Oremos en común, realizando nuestras peticiones al Señor, a las que todos responderemos:

Que tu amor, Señor, inspire a nuestras familias

- Te pedimos por los matrimonios de nuestra comunidad parroquial. Para que con su amor y fidelidad sean testigos de la fe que profesan, en medio de sus familias y en medio de sus ambientes.

Que tu amor, Señor, inspire a nuestras familias

- Te pedimos por los hogares rotos, por los matrimonios que tienen problemas. Ayúdanos a saber acompañarlos, a saber estar con ellos y demostrar la caridad que Tú supiste tener con los más necesitados.

Que tu amor, Señor, inspire a nuestras familias

(Oraciones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

Lo propio del Dios que se nos revela en Jesucristo no es dar, sino DAR-SE. Por eso, lo característico del cristiano en general y de los ministros ordenados (obispos, presbíteros y diáconos) en particular será siempre la donación de la propia vida. Por eso, el mejor sustantivo para definir al ministro ordenado sea el de "SERVIDORES", hombres APROPIADOS por Dios y EXPROPIADOS de sí mismos en favor de los demás. En efecto, los sacerdotes son servidores del Padre, de Cristo y del Espíritu para servir el amor, la gracia, la vida, la reconciliación, la unidad, la alegría a la Iglesia y, desde ella, al mundo. Desarrollemos esta programática afirmación.

1. **El ministerio ordenado es una misión al servicio de la HISTORIA DE LA SALVACIÓN cuyo principio frontal es DIOS PADRE**. Los actos de dicha historia de amor son: la creación, la elección de Israel (pueblo de Dios del A.T.) y en él la

llamada de sacerdotes, profetas y reyes; después, en la plenitud de los tiempos, la Encarnación del Hijo, verdadero sacerdote, profeta y rey, auténtico diácono (= servidor) de la voluntad del Padre en favor de los hombres. Tras su muerte y resurrección, para que su misión siguiera perpetuándose en el tiempo y en el espacio, eligió a los apóstoles y les comunicó su Espíritu: ¡nace la Iglesia! El ministerio apostólico cuya función, como la de Cristo es, "ser-para-los-hombres" se va trasmitiendo de generación en generación merced a la imposición de manos, gesto que expresa la verticalidad de la acción de Dios es decir, su ser esencialmente un don que viene de arriba y que capacita y consagra al elegido para colaborar en la obra primigenia y única del Padre: des-vivirse por lo humano. ¡Somos la causa de Dios y el sacerdote entrega su vida a tan "alta" misión!

2. **Los sacerdotes son SEVIDORES-REPRESENTANTES DE JESUCRISTO, ÚNICO Y ETERNO SACERDOTE**. Dios es uno y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos (cf. 1 Ti 2, 5-6; Heb 8,6-9; 9,15; 12,24). Su vida y su misterio pascual realizaron de una vez para siempre (cf. Heb 9,12,26: 10,10;1 Pe 3,18) la reconciliación de Dios con la humanidad, desvelaron el amor insondable del Padre y convocó en la unidad a todos sus hijos dispersos. Se trata de un acontecimiento único e irrepetible al que nadie puede añadir nada porque está sellado con la entrega del mismo Dios. Cristo es el único sacerdote de la Nueva Alianza para siempre jamás (cf. Heb 6,20; 7,3.24; 10,14). No obstante esto, por voluntad del mismo Jesús, existe en la Iglesia un ministerio que deriva y actualiza la misión, el servicio y la condición personal del mismo Jesucristo. Al respecto, el ministro ordenado es "signo", "imagen", "símbolo", "representación", "sacramento" de Cristo. Más allá de una presencia "moral" o "jurídica", como representación de un ausente, es una presencia sacramental, por lo tanto real y eficaz, aunque al modo humano y, por ende, con todas sus limitaciones y ambigüedades. Esta identificación con Cristo no viene de abajo, por imitación o voluntarismo, sino porque, desde arriba, el mismo Espíritu del Resucitado escoge al ministro y actúa por él para comunicar su vida a los hombres. Y, como no podía ser de otra forma tratándose de Dios, lo hace para siempre, confiriendo un CARÁCTER espiritual indeleble que no puede ser reiterado ni conferido para un tiempo determinado. ¡La elección de amor es irrevocable! Dicha sacramentalidad personal acaece sin duda en la celebración de los sacramentos, pero está llamada a extenderse también a toda la existencia ministerial que ha de ser vivida en su totalidad como un servicio a Cristo y por él a los hermanos. Por eso la actitud fundamental del ministerio es la que se expresa en las palabras de de Juan el Bautista: "¡yo no soy!" (Jn1,20), ¡es otro al que él no hace más que señalar con la palabra, con los signos y con la vida! Ciertamente, todo bautizado es un consagrado y otro Cristo para los hombres en medio del mundo. Pero, además, el ministro representa a Cristo como "Señor de la Iglesia", "in persona Christi capitis", como Aquel que la enseña, santifica y gobierna. Esa misión y autoridad no puede leerse, sin embargo, más que en clave cristológica, es decir, desde el Señor servidor (Cf. Lc 22,27) y crucificado por amor, desde la adopción de la forma de esclavo (cf. Fil 2,7) y desde un pastoreo que da la vida por los suyos (cf. Jn 10, 11.15). Recordémoslo, Jesucristo es el Sumo Sacerdote no tanto cultual, sino existencial, el que ofrece hasta el final no lo que tiene, sino todo lo que es.

3. **El ministerio ordenado es un INSTRUMENTO AL SERVICIO DEL ESPÍRITU SANTO**: los ministros no son el resultado de las necesidades sociológicas y organizativas del grupo de los discípulos de Jesús; son el regalo del Señor Resucitado a su Iglesia por medio de su Espíritu. Pertenecen constitutivamente al Pueblo de Dios que camina por el mundo. De ahí que el Espíritu Santo sea comunicado, como a los primeros apóstoles (cf. Jn 20,19-23), en la ordenación a los nuevos ministros con vistas a las funciones que les exigirá el servicio que se les ha confiado. Sin la fuerza del Espíritu los ministros no podrían colaborar eficazmente en el designio divino de salvación. Él que es agente de la Historia de Salvación y animó el sacerdocio de Cristo acompaña también a los nuevos servidores de la Iglesia y actuará a través de ellos en los actos de su ministerio. El pueblo santo con su respuesta "Y con tu Espíritu", les iré refrescando la memoria en este punto a lo largo de su vida. Ser hombres del Espíritu implicará que su servicio tendrá que realizarse bajo el impulso del Espíritu de Cristo y no por criterios de honor, eficacia, pragmatismo o comodidad. También, el Espíritu que es el autor de todos los otros carismas de la Iglesia, dará al ministro la capacidad de promoverlos y respetarlos. El mismo Espíritu hará que el ministro no se sienta nunca fuera o por encima de la comunidad, sino siempre dentro de ella y a su servicio. Pero como en toda historia de amor este don necesitará la respuesta libre y fiel del consagrado y, por tanto, deberá ser reavivado continuamente (2 Tim 1,6).
4. **Los ministros son SERVIDORES DE LA IGLESIA**: la Iglesia es la porción de la humanidad, abierta a la misma, en la que ha penetrado de un modo especial la vida de Dios. Por eso está llamada a ser una comunidad en la que ya se empiecen a vivir el amor y la comunión que provienen de Él y que se nos da para ofrecerla a los a los hombres. Ahora bien, esta vida nueva que caracteriza a la Iglesia, como toda vida, no está hecha de una vez para siempre, sino que tiene que nutrirse y crecer sin cesar. Es tarea de los fieles que portan el orden sagrado apacentar a la misma con la Palabra, la gracia sacramental y el gobierno en la caridad:
   - El servicio de la Palabra: "¿Cómo creerán en aquél a quien no han oído?, ¿cómo oirán sin que se les predique?, y ¿cómo predicarán si no son enviados?" (Rom 10, 14-15).
   - La Palabra conduce y está presente en los sacramentos, celebraciones de la presencia viva y transformante del Resucitado entre nosotros. El sacerdocio ministerial actúa en nombre de toda la Iglesia cuando presenta a Dios la oración de su Pueblo y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico. Es toda la Iglesia, la que como Cuerpo de Cristo, a través de sus pontífices (= puentes) une y ofrece lo humano a lo divino en respuesta agradecida por agraciada.
   - Servicio de la unidad de la Iglesia (lo que no equivale a uniformidad) no por acumulación, sino por integración y teniendo como norma , también para sí, la caridad, carisma supremo (cf. 1 Cor 13, 1-13).
5. **Por último, los ministros son SERVIDORES DE LA PRESENCIA DE DIOS Y DEL EVANGELIO DE SU AMOR EN EL MUNDO**: en el interior de un mundo secularizado, atrapado en la estrecha inmanencia de una mentalidad cientista, cautivo del relativismo, pragmatismos y relativismos, el sacerdote es un flecha que apunta hacia arriba, hacia el Absoluto, para abrir a los hombres a lo que es necesario para ellos y, sin embargo, no pueden darse a sí mismos. Un Absoluto que, amándolo

hasta el extremo, absuelve al hombre de su limitación y pecado y le hace nueva criatura, hijo y hermano. Obstinado en que no se apague la voz de Dios en la tierra y reavivando su nostalgia en el corazón de las personas está transformando el cosmos, re-haciendo divinamente lo humano y permitiendo que, a pesar de la aparente y actual opacidad de lo real, Dios sea alabado en todas las cosas.

C. REFLEXIONAMOS

Providencialmente este año ha sido convocado por el Papa el Año Santo Sacerdotal, con motivo del 150 aniversario de la muerte del Santo cura de Ars, San Juan María de Vianney. El objetivo de este año santo es dar gracias por el regalo de los sacerdotes, rezar por ellos y su fidelidad y pedir vocaciones al Señor.

Pero, ¿quién fue San Juan María de Vianney? ¿Por qué ha sido propuesto como patrón de los sacerdotes? Estas palabras, del propio santo, ya nos pueden dar una muestra de su carácter excepcional : "*Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina. Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña forma... Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo".*

Como uno de los objetivos para este curso 2009-2010, desde el Consejo de Pastoral se ha propuesto que el Año Sacerdotal sea participado por toda la comunidad y de esta manera unirnos al resto de la Iglesia Universal. Por ello, al inicio del curso se celebró una Eucaristía de acción de gracias por los sacerdotes, especialmente por aquellos que son hijos de nuestra comunidad parroquial o que han desarrollado su labor pastoral aquí. Se trataba y se trata de mostrar testimonios cercanos de vocaciones sacerdotales, para recuperar que nuestra comunidad sea de nuevo un vivero de sacerdotes. Y también para estrechar lazos entre los sacerdotes y la comunidad que tanto les debe. Porque nuestra parroquia tiene la obligación, no sólo de cuidar su pastoral vocacional, sino de cuidar a las personas a las que la Iglesia ha puesto como pastores en las diferentes parroquias de nuestra diócesis.

Se nos invita, por último, a rezar por los sacerdotes y los obispos, por los seminaristas y diáconos, por el Papa y por todos aquellos jóvenes que escuchan la llamada del Señor, pero tienen miedo a dar un paso adelante.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. Nuestra parroquia ha sido un vivero de vocaciones tradicionalmente, ¿qué podemos hacer para suscitar en nuestros jóvenes el valor para decir sí a Dios?
2. Actualmente hay escasez de sacerdotes, pero ¿qué hacemos nosotros como comunidad para cuidar a los actuales?

3. Muchos sacerdotes son hijos de nuestra comunidad, ¿de qué manera podríamos hacernos partícipes en sus comunidades pastorales actuales?

E. APÉNDICE AL SACRAMENTO DEL ORDEN SACERDOTAL

Trazado los hilos rectores de este sacramento podemos adentrarnos en **el ritual** del mismo, en el marco de la Eucaristía y después de la proclamación del Evangelio:

1. **RITOS INICIALES:**
   - Llamada por su **nombre** a los elegidos quienes responden "presente". Es la Iglesia quien llama por medio del obispo y la que elige a los que va a confiar el ministerio.
   - **Presentación al obispo** de los elegidos como candidatos dignos, tras haber consultado el parecer del Pueblo de Dios a quien van a servir.
   - **Homilía** del obispo.
   - **Diálogo-interrogatorio** entre el obispo y los candidatos, que manifiestan su voluntad de acceder al ministerio y su compromiso de vivir según la Iglesia con la ayuda de Dios. Es aquí, en la primera de las ordenaciones, la diaconal, cuando se realiza la promesa de CELIBATO (salvo en los diáconos permanentes) por el Reino de los cielos (cf. Mt 19,12). Esta renuncia a contraer matrimonio responde, por una parte, a la decisión de vivir según el modelo de vida de Jesús, por otra, a la intención de consagrarse totalmente al Señor y a sus "cosas" (1 Cor 7,32), es decir, entregarse enteramente a Dios y a los hombres con una caridad abierta a todos. Finalmente, se trata de un signo escatológico que anuncia que las cosas de este mundo, aún tan santas y legítimas como el matrimonio son pasajeras y relativas, penúltimas (cf. Mt 22,30), pues sólo Dios es el Único necesario, el Último y el Absoluto (cf. 1Cor 15, 28). La última de las promesas es la de obediencia al obispo. Cada uno de los elegidos arrodillado ante el pastor de la diócesis, pone sus manos junto a las suyas, pues la misión confiada sólo puede ejercerse en comunión con el sucesor de los apóstoles, vínculo ineludible con Cristo. Él es quien aferra sus manos, no para retenerlas, sino para abrirlas para la salvación de los hombres. "Dios que comenzó en ti la obra buena, Él mismo la lleve a término".
   - Mientras los ordenandos se postran rostro en tierra, símbolo de la debilidad humana y de la total disponibilidad al Espíritu Santo, el pueblo arrodillado entona **la letanía de los santos**, maestros en el camino de la santidad e intercesores de la Iglesia triunfante. Terminada la misma el obispo concluye con una oración impetratoria del Espíritu y la gracia sacerdotal.
2. **RITOS CENTRALES:**
   - **IMPOSICIÓN DE MANOS** en silencio, por parte del obispo y, después, por parte de los presbíteros concelebrantes, significando la comunión del presbiterio con el pastor y la común participación en el mismo sacerdocio de Jesucristo. El simbolismo de la imposición de manos, ya presente en el A.T. y heredada de los apóstoles (cf. Núm 27,15-23; Dt

34,9; 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6) quiere expresar la transmisión de un oficio o misión y la comunicación del Espíritu como gracia, fuerza y poder para desempeñarlo. Manos de Dios que bendicen, protegen, sostienen, pero también agitan para sacar de la autosuficiencia y para impulsar a celebrar la Buena Nueva entre los hombres.

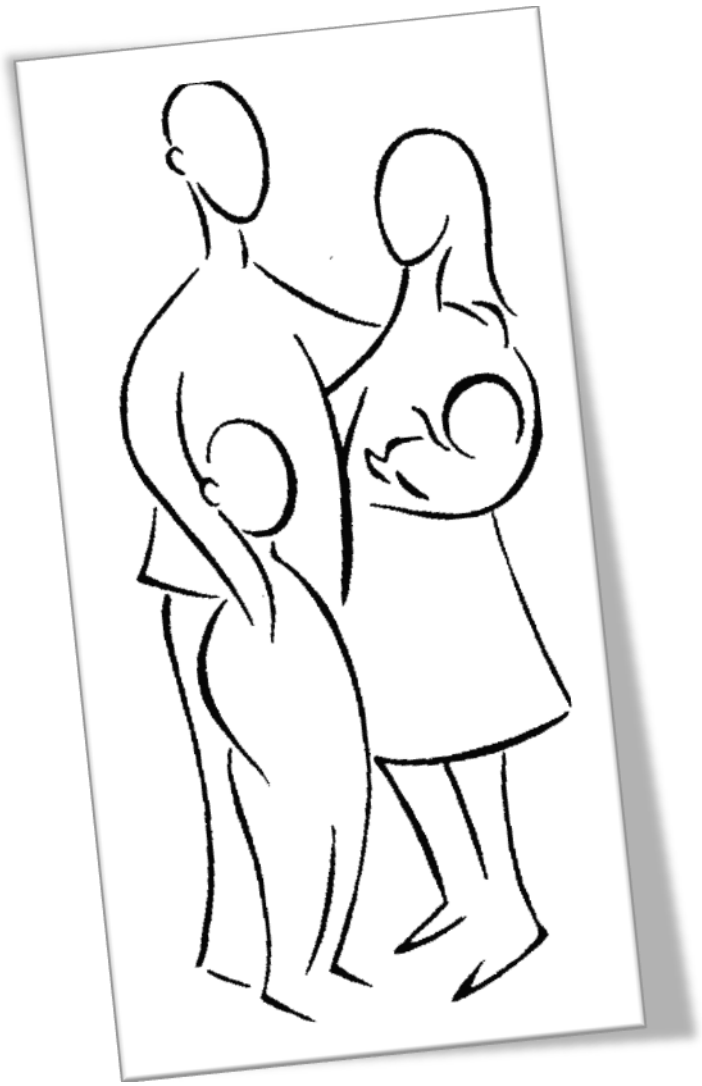
- **ORACIÓN CONSECRATORIA**: de rodillas ante el obispo éste pide al Padre que por mediación del Hijo envíe a los ordenandos una especial efusión del Espíritu Santo para que sean honrados colaboradores de los obispos, predicadores del Evangelio, dispensador de los misterios de la salvación (=sacramentos), pontífices de la misericordia divina y ejemplo de vida, es decir, reflejo existencial de la santidad que ellos administran para otros. Es tan evidente que los ministros, por ellos mismos no pueden ser, hacer, ni dar encomienda tan sublime que ha de ser el mismo Dios en persona quien salga garante en el sacramento.

3. **RITOS EXPLICATIVOS:**
   - **investidura** (vestición), imposición, al modo diaconal o presbiteral de la estola y revestimiento con la dalmática o casulla respectivamente. Al ser revestidos, los ya ordenados expresan que Dios ha tomado posesión de sus vidas. Al ir a celebrar los sagrados misterios, misterios de Vida, se revisten con la vestidura de la gloria y de la inmortalidad, como Cristo resucitado. Pero también el ministro, a imagen de Cristo, deberá quitarse muchas veces el atuendo de majestad para ponerse la indumentaria de esclavo, como el Señor en el lavatorio de los pies (Cf. Jn 13,4), revestirse de compasión, bondad, humildad, paciencia, comprensión (cf. Col 3,12) para mostrar así el paradójico señorío de Cristo.
   - **Unción de las manos** a los nuevos presbíteros arrodillados. Se unge todo lo que va a ser dedicado a Dios y para que esas manos prolonguen visiblemente las de Cristo Sacerdote y Pastor. Todos los sacramentos que el sacerdote administra demandan contacto con las manos. La unción con el santo crisma expresa el deseo de que esas manos siempre transmitan la ternura y el amor de Dios que de esa forma los tocará. La unción es también el signo de que el Espíritu Santo es quien derrocha sus dones por medio de esas manos vacías. Cuantas veces sienta el sacerdote que sus manos son pobres y están vacías deberá recordar que están ungidas por el que es fuente de toda riqueza y bendición, el mismo Dios. Él ha escrito los nombres de los hombres y el suyo propio en esas manos. Sólo las manos vacías pueden dar lo que Dios deposita en ellas sin descanso.
   - **Ritos de entrega de las insignias**: el libro de los evangelios a los diáconos y el cáliz y la patena a los presbíteros. Las palabras de esta segunda entrega son conmovedoras: “recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. El sacerdote, que consagrará en cada eucaristía el cuerpo y la sangre de Cristo, deberá constituirse en buen pan para ser partido y ser así

alimento de los hombres. Sólo desde la cruz del Señor tiene sentido semejante ofrenda existencial.

- **Beso de la paz**: el obispo da a cada uno de los nuevos ordenados el beso de la paz; también algunos presbíteros, con este signo, reciben en su propio "ordo" (orden) a los nuevos sacerdotes. Es un gesto de colegialidad, no "sectario", sino al servicio de la colegialidad de las iglesias particulares y de la Iglesia universal. A continuación prosigue la liturgia eucarística con los nuevos ministros ya incorporados al altar.

TEMA VII
EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO



A. ORAMOS

- **Lector:** *La historia del mapa de la vida*

  Hay momentos en la vida en los que la consideración del pasado constituye la verdad del presente, le da sentido y razón. Viéndolo más de cerca, el pasado, en realidad, deja de ser pasado, es una forma de vivir el presente. A la vez, una experiencia significativa del presente abre un paisaje nuevo en la contemplación del pasado. Estaba allí, pero nadie era capaz de verlo. Porque faltaban ojos. Esa presencia experimental del presente crea ojos nuevos para ver cosas antiguas y éstas se convierten

en nuevas como el presente. Todo se hace lógico y coherente, apareciendo un nexo misterioso que religa todos los hechos.

Es como un plano que se va desdoblando lentamente. Como cuando se va desdoblando un mapa geográfico de una región. En la maraña de datos se destacan las ciudades, los ríos, las carreteras, uniendo los puntos principales. La región ya no es una tierra desconocida. La región descrita en el mapa tiene sentido para el viajante. Este puede ir sin errar porque ve el camino.

Algo semejante ocurre con la vida. Ésta va anotando puntos, va abriendo caminos. Nadie sabe a ciencia cierta hacia dónde pueden conducir. Pero son caminos. De repente, acontece algo muy importante. En el mapa aparece un punto, como una gran ciudad. Los caminos corren en su dirección. Pasan los ríos; cruzan los aviones. La vida comienza a cobrar sentido porque tenemos un punto de apoyo y una elevación importante desde la que podemos ver el paisaje de alrededor. ¡Se formó la corriente coherente de la vida! Hubo una decisión que comprometió toda la vida, la salvación y la perdición. El hombre profirió su palabra, se definió ante la vida. Ya no puede borrar la palabra sin cambiar el curso de la existencia.

Concretamente el 14 de diciembre de 1964, 18 jóvenes deciden ordenarse sacerdotes, con el vigor de los 26 años. Ese día fue preparándose durante 6 años. Serán revestidos de Cristo, con la fuerza de poder representarlo, de poder prestarle la presencia, la voz, los gestos, el cuerpo. El hombre tiembla, tanto más cuanto más profundiza el significado de tal audacia misteriosa y es consciente del abismo que media entre el pecador y el santo.

Muchos de ellos años antes nunca habían pensado ser sacerdotes. En algunas de sus familias tenían tradición religiosa, en otras no. Pero llegó una llamada, alguien, algo: "¡Quien quiera ser sacerdote que me siga…! Hubo un breve más o menos largo entre la llamada y la respuesta, pero alguien dentro de ellos levantó sus manos. Incluso hubo quien comentó que iba a ser chófer de camiones. Pero habían dicho su palabra y definieron sus vidas.

Entraron en el seminario, fueron construyendo los eslabones. Sólo el 14 de diciembre, pueden unirlos ¡Y qué corriente llegan a formar! La vida está hecha de relecturas del pasado. Cada decisión importante del presente abre nuevas visiones del pasado. Cada hecho ocurrido gana sentido en cuanto hilo conductor y secreto que cargaba latente con el futuro que ahora de hace presente. El hecho pasado anticipa, prepara, simboliza el futuro. Toda la vida así vivida se asume como un gran sacramento.

- **Monitor:**

  El mapa de la vida es un buen ejercicio a realizar, sobre todo para redescubrir la vocación a la que cada uno de nosotros hemos sido llamados. De este modo, también comprenderemos lo importante de la misión encomendada a cada uno en la Iglesia. San Pablo en su primera carta a los corintios ya describía la

necesidad e importancia de todas las vocaciones, así como de saber ocupar el lugar y el servicio encomendado.

- **Lector:** PRIMERA CARTA DE S. PABLO A LOS CORINTIOS *I Co 12, 12-30*

  Ahora bien, los miembros son muchos, el cuerpo es uno. No puede el ojo decir a la mano: No te necesito; ni la cabeza a los pies: No los necesito. Más aún, los miembros del cuerpo que se consideran más débiles son indispensables, y a los que consideramos menos nobles los rodeamos de más honor. Las partes indecentes las tratamos con más decencia; las decentes no lo necesitan. Dios organizó el cuerpo dando más honor al que carece de él, de modo que no hubiera división en el cuerpo y todos los miembros se interesaran por igual unos por otros. Si un miembro sufre, sufren con él todos los miembros; si un miembro es honrado, se alegran con él todos los miembros. Vosotros sois cuerpo del Mesías, y miembros singulares suyos. Dios los dispuso en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros, después milagros, después carisma de sanaciones, de asistencia, de gobierno, de lenguas diversas. ¿Son todos apóstoles?, ¿son todos profetas?, ¿son todos maestros?, ¿todos taumaturgos?, ¿tienen todos carismas de sanaciones?, ¿hablan todos lenguas arcanas?, ¿son todos intérpretes?

  Palabra de Dios.

- **Monitor:** Participemos todos y digamos aquellas oraciones o pensamientos que nos ayuden a rezar. A cada oración contestaremos:

  Aumenta, Señor, las vocaciones en medio de tu pueblo

  – Por el Papa, obispos, sacerdotes y diáconos, que configuran el orden de la Iglesia, para que vivan en actitud de servicio constante a su vocación y te hagan presente en medio de la Iglesia a través de sus vidas y sus palabras.

  Aumenta, Señor, las vocaciones en medio de tu pueblo

  – Por la Iglesia y cada una de sus comunidades, que su vida y testimonio sea fecundo, y surjan vocaciones para la misión de llevar tu evangelio a todos los hombres.

  Aumenta, Señor, las vocaciones en medio de tu pueblo

  (Oraciones libres)

  - **Padre Nuestro**

(Nota: Una propuesta para la próxima reunión que será la última. Sería bonito que aquellos miembros del equipo, que lo desearan, pudieran compartir con el resto, la historia de algún objeto, signo, etc… que tuvieran en sus casas, hogares, … Del mismo modo que hemos hecho en los relatos que hemos ido leyendo durante el curso).

B. CONOCEMOS

No es casual que la Sagrada Escritura comience, en el orden de la creación, con la unión del hombre y la mujer (cf. Gn 2,22-24) y culmine, ya en el ámbito escatológico, con la metáfora de las bodas del Cordero (Ap 21) en la Jerusalén celestial. Esto significa que la imagen nupcial es muy apropiada para expresar la quintaesencia de la historia de la salvación y, por consiguiente, el ser de Dios.

1. **EL MATRIMONIO ES EL SÍMBOLO VIVIENTE QUE MEJOR EXPRESA EL MISTERIO DE LA TRINIDAD**. Dios, que en su esencia es amor, relación entre personas distintas, pero que viven en perfecta comunión, se refleja en este mundo de la manera más clara mediante la relación esponsal entre el hombre y la mujer. Dios ha creado al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza para ser una sola carne y les ha comunicado su misma vida; por eso, el matrimonio institución en la que se puede amar y ser amado, dar y acoger vida, vivir en comunión con el otro sin dejar de ser uno mismo, es la manifestación más lograda de lo que Dios es por dentro, en sí mismo.
2. **EL MATRIMONIO ES INSERCIÓN EN LA HISTORIA DE AMOR ESPONSAL DE DIOS CON EL SER HUMANO**: los esposos cristianos no comienzan una aventura en solitario sino que se suman a una larga cadena de vida y amor que tiene su origen en Dios y que, por la mediación de la creación, la alianza, la entrega de Cristo a su Iglesia, llega hasta ellos y están llamados a agradecer y prolongar, anticipando incluso el gozo y la plenitud del banquete nupcial al final de los tiempos (cf. Mc2, 19-20; Mt 22, 1-14; 25,1-13; Ap 21).
3. **EL MATRIMONIO CRISTIANO ES EL SÍMBOLO QUE ACTUALIZA EL MISTERIO DE AMOR Y DE UNIDAD ENTRE CRISTO- Y LA IGLESIA** (cf. Ef 5, 21-33). En la plenitud de los tiempos Jesucristo se unió de manera inefable, fidelísima y entregada irrevocablemente a su Esposa la Iglesia. El compromiso de amor de los esposos cristianos está llamado a expresar este misterio de absoluta donación. Olvidarse de si mismo y hacer del otro el centro del propio interés, darse, perdonar, recomenzar, poner la propia vida al servicio del otro y experimentar, que no sólo no se pierde, sino que se gana, se convierte en la forma concreta de vivir el misterio pascual y esponsal de Cristo en la propia existencia.
4. **EL MATRIMONIO ES EL LUGAR PRIVILEGIADO DE REALIZACIÓN DE LA IGLESIA** ("Iglesia doméstica"). La familia es una imagen viva, pública y permanente de la Iglesia porque su esencia es la unidad y el amor y porque participa, en pequeña escala, de la misión de la Iglesia, a saber, engendrar y educar nuevos hijos por el Bautismo y la fe, alabar y dar culto a Dios por la celebración de los sacramentos y la oración, finalmente, regir el mundo desde la caridad y la práctica de la justicia.

5. **EL MATRIMONIO COMO SEÑAL Y RESERVA ESCATOLÓGICA**: el matrimonio es un signo de esperanza escatológica. El ambiente festivo de la boda, las alegrías de la vida compartida y comunicada, anticipa simbólicamente la alegría y la plenitud de todo en el amor, de Dios al final de los tiempos. Por eso la celebración solemne y festiva de la boda, no sólo responde a una necesidad universalmente humana y social, sino que tiene un profundo sentido en cuanto precelebración esperanzada de las bodas escatológicas. Ahora bien, el matrimonio (¡no el amor!), no tiene su razón de ser en sí mismo, forma parte, como casi todo, de las cosas penúltimas y por tanto es una realidad transitoria. Quiere decirse con ello, que ningún cónyuge puede ser un absoluto para el otro, sólo Dios lo es. Ningún esposo puede prometerle al otro "el cielo en la tierra". Si esperamos el absoluto de las persona, limitados por nuestra naturaleza y su historia, sufriremos desengaños continuos. Si remitimos el amor de pareja al de Dios, del que todo procede y el único que puede darnos la plenitud, cobraremos una sana óptica que nos permitirá huir de los reproches, sentirnos más libres y agradecer y valorar el inmenso regalo del amor del otro, trasparencia parcial del AMOR.

De lo dicho hasta hora se constata que el matrimonio es para el creyente mucho más que un acontecimiento simplemente humano. El matrimonio no lo han "inventado" los cristianos, pero estos lo viven de una forma nueva:

- Desde la referencia de filiación divina, su ser en Cristo y su pertenencia a la Iglesia, esto es, desde la especial CUALIFICACIÓN ONTOLÓGICA (DE SU SER) ADQUIRIDA EN EL BAUTISMO. Se trata de "casarse en el Señor" (cf. 1 Cor 7,39).
- Desde la doble CUALIFICACIÓN PERSONAL DE LA FE Y DEL AMOR, sustrato necesario para que Cristo pueda elevarlo con todo lo que tiene de histórico, frágil y perfeccionable.
- CUALIFICACIÓN ECLESIAL, pues la vida de la fe se recibe, celebra y alimenta, no individualmente, sino en cuanto familia de los hijos en el Hijo. Este tercer requisito incluirá, por una parte, al sacerdote, testigo privilegiado de la Iglesia y presidente de la celebración eucarística, como lugar más propio de la celebración del matrimonio y, por otra, a la asamblea, manifestación de la presencia de la Iglesia entera, testigo del compromiso de los esposos y ayuda fraterna en su nuevo estado.

Llegados aquí ya podemos entender los **ELEMENTOS ANTROPOLÓGICOS Y TEOLÓGICOS CONSTITUTIVOS DEL MATRIMONIO CRISTIANO**:

1. La relación interpersonal (ser-con-el-otro) propia de la naturaleza humana, elevada al ser-para-el-otro sólo posibilitada por la gracia.
2. Amor que abarca al hombre total, en cada una de las dimensiones creadas y queridas por Dios: libertad (de ahí el sentido de los escrutinios en el ritual), sentimiento, inteligencia, voluntad, cuerpo, espíritu, sexo, eros y ágape. Más aún, este amor no sólo abarca al hombre total porque abarca la integridad de la persona, sino porque, rompiendo las barreras del "yo-tú" se encarna en un "nosotros" familiar (hijos) y social que se abre a todo el género humano.

3. Mutua e incondicional aceptación (CONSENTIMIENTO). Más allá de de una fórmula jurídica, litúrgica o contractual es el reconocimiento total del otro, el Sí al otro, en su ambivalencia, en su historia y en su futuro. Amor radical y verdadero, signo sacramental por el que los esposos se dan y se reciben mutuamente y por el que quedan constituidos en ministros del sacramento que se administran.
4. Unión permanente, pues "ya no son dos, sino una sola carne" (cf. Gn2, 24; Mt 19,6). El matrimonio cristiano es el signo del amor total e irrompible con que Cristo ama a su Iglesia. (Simbolismo de la unión de las manos y de los anillos, circulares y, por tanto, expresión de unidad, perfección y eternidad).
5. Fidelidad irrevocable, pues el amor auténtico es una promesa de eternidad y está cimentado en la fidelidad definitiva e inquebrantable de Dios a su alianza con el hombre, y de Cristo a su Iglesia. De ella el sacramento del matrimonio es signo y fruto.
6. Fecundidad abierta a la vida (hijos) como expresión consumadora del amor, difusivo por naturaleza, y que hace a los cónyuges partícipes del amor de Dios. Fecundidad que se prolonga en la educación integral de la prole y que, más allá de los vínculos de la sangre, puede prolongarse en los frutos de la vida moral y espiritual y en cualquier servicio a la vida que emane de la caridad.
7. Publicidad e institución: insertar el compromiso de dos en el compromiso del "nosotros" eclesial que lo dota de reconocimiento y apoyo.

Visto en su conjunto, el matrimonio cristiano aparece principalmente como una gracia del Espíritu del Dios-comunidad (Trinidad) y no como el resultado del mero esfuerzo humano. La especificidad de la misma radica en su "esponsalidad", es decir, en tratarse de un don para "ser-a-dos", no para la vida privada. El amor de Dios volcándose en el amor de los esposos puede erigir una monumental y permanente obra de arte, hecha a dúo. Sin embargo, la gracia no suple la naturaleza y por eso no dispensa del esfuerzo de hacerla crecer en comunión y en fidelidad. La pareja no recibe un sacramento, sino que se convierte en sacramento del amor de Cristo y su vida esponsal es, por ende, una liturgia permanente.

En conclusión, la espiritualidad específica que se deriva del sacramento estudiado deberá ser:

- Espiritualidad de creación: dar, cuidar, hacer crecer la vida en todos los aspectos del término.
- Espiritualidad de alianza: "yo para ti, tú para mí, los dos para los demás".
- Espiritualidad pascual-oblativa: dar la propia vida para que el otro viva, normalmente en la larga cadena de los pequeños gestos cotidianos. Según Juan Pablo II: "los esposos son el recuerdo permanente para la Iglesia de lo que aconteció en la cruz" (F.C.13).
- Espiritualidad de la vida doméstica: que es capaz de encontrar y portar la presencia de Dios en la vida de cada día

C. REFLEXIONAMOS

La preparación al matrimonio no es una cuestión que se pueda dejar al azar, a la predisposición de los novios o a la buena voluntad del sacerdote. Conviene que la comunidad acompañe a la pareja que está a punto de dar ese importante paso y le ayude a discernir el plan que Dios ha preparado para ellos. En cierta ocasión, en la boda de unos jóvenes, el sacerdote, al ver el estado de nervios que tenía el novio le tranquilizó diciendo que Dios lo quería, que se alegraba por él y que incluso en ese momento, hasta Él mismo estaba nervioso, pero que se podía tranquilizar porque si Dios estaba ya su lado, nada podría salir mal, y que lo demás poco importaba: las fotos, el menú, los regalos y todas aquellas cosas que no dejan de ser meros accesorios , pero que no pueden ocultar el sentido del sacramento. El novio al instante recuperó la tranquilidad y después comentaba que había podido vivir la celebración con mucha más paz.

Lo cierto es que a veces damos mayor importancia a esas cosas más secundarias. Es frecuente, cuando participamos en la celebración del matrimonio de algún conocido que comentemos cuestiones como el traje de la novia o de la madrina, el menú o los regalos a los invitados, incluso la barra libre o la disco-móvil, pero, ¡qué raro resulta preguntarnos cómo han vivido los novios la celebración, si la comunidad ha acompañado a la pareja participando en las moniciones, lecturas o con el canto o si en la homilía el sacerdote les ha invitado a vivir su vocación familiar en la parroquia! Y es que las flores, los cantos sinfónicos, las fotos o los vestidos nunca pueden ser lo fundamental. Los signos son importantes, sí. Pertenecemos a una sociedad en la que los signos nos ayudan a vivir mejor los momentos importantes. Un vestido nuevo nos puede indicar que ése es un día importante, al igual que un peinado. Una foto será un buen recuerdo para el futuro y poder compartir con nuestros hijos aquel día tan especial. Incluso las flores pueden ayudar a rodear de mayor hermosura y belleza un acto ya de por sí bello y hermoso. Pero lo único realmente imprescindible es el amor entre un hombre y una mujer que se comprometen ante el Señor a fundar una familia cristiana, abierta a la Vida y comprometida a ser un hogar en el que se fomente el amor a Cristo y a los demás.

Es verdad que en los últimos años ha bajado el número de parejas que se casan en la Iglesia. Muchos contraen matrimonio civil y otros muchos deciden irse a vivir juntos. No deberíamos caer en el error de considerar que de esta manera hay parejas de primera o de segunda categoría. Sería un tremendo equívoco y además un acto de soberbia del tamaño de la Torre. Ahora bien, no es lo mismo. No es lo mismo que una pareja se una bajo el techo de un hogar que hacerlo bajo las leyes civiles de una sociedad moderna o hacerlo bajo la ley del Amor de Dios. En el primer y en el segundo caso el compromiso es exclusivamente humano. En el tercero el compromiso viene bendecido por Dios y para ello la Iglesia se compromete a estar al lado de la pareja ante la vida en común que han decidido emprender.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. Unos amigos nos invitan a una boda. ¿Cuál es nuestra reacción? ¿En qué pensamos primero en el regalo, en el banquete, en el vestido… o en el amor de una pareja que se compromete a vivir al estilo de Jesús?

2. En el caso de las personas casadas, ¿cuál fue vuestra experiencia de preparación al matrimonio? ¿qué cosas habéis echado en falta y qué cosas os han ayudado?
3. ¿Están nuestras familias abiertas a la vida?

TEMA VIII
EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN DE ENFERMOS

A. ORAMOS

- **Lector:** La historia de una foto

  En el fondo del cajón se esconde un pequeño tesoro, un sobre que contiene una pequeña foto, en blanco y negro, pero ya amarillenta. Esto en sí no es nada nuevo, ¡cuántas en tantos cajones puede haber! Pero ésta posee un valor infinito porque evoca a alguien en la distancia.

  Hace unos meses, estando muy lejos del hogar llega una carta, resultaba paradójico que en tiempos de internet, llegara una carta. Se abre ansiosamente, está escrita por todos los de casa: "Estás lejos de la casa, pero queremos que sepas que el Señor está exigiendo de nosotros un tributo de amor muy especial: Papá está enfermo, en el camino de la vida es probable que esté llegando a las etapas decisivas. Creemos que Dios nos pide un gesto de amor y agradecimiento hacia los que son los mejores de la casa, de manera que sentimos al padre más presente que nunca en nuestras vidas y queremos que compartas esa generosidad que el Señor espera de nosotros" Así empezaba la carta y proseguía con el testimonio de cada hermano, que expresaban como sentían la enfermedad del ser querido. De la turbulencia de las palabras se destilaba una esperanza serena. La fe ilumina el dolor de la enfermedad.

  Una de las hermanas, seguro, había entremezclado entre las hojas la pequeña foto amarillenta. En la instantánea aparecía el hijo alejado en

la distancia, iba de la mano del padre cuando todavía apenas caminaba. Esa intuición profundamente femenina de la hermana, hizo que esa foto remitida en el sobre junto con la carta, a partir de ahora empezará a ser como un sacramento.

Esa foto, ya no es una foto, está viva y habla de la vida. Acompaña a la vida. Su color típico, incluso su olor le da un valor inestimable. Pertenece al corazón de la vida. Recuerda y hace presente a la figura del padre, que ahora postrado en la cama, se ha convertido en el marco de referencia de los valores fundamentales de todos los hermanos: "De su boca oímos, de su vida aprendimos que quien no vive para servir, no sirve para vivir"

- **Monitor:**
  La enfermedad, es ante todo, una realidad en la vida del hombre. Nunca es deseable, es humano y necesario combatirla, pero en la vida es irremediable. Por eso el Señor también se hace presente en medio de ella. En esos momentos de tremenda humanidad, la persona es conciente que pocas cosas adquieren verdadero sentido. La fe en el Señor es un gran apoyo. En el relato de los Hechos, que proclamaremos a continuación, se muestra uno de los pasajes más entrañables de la Iglesia naciente que nos puede servir de mucha ayuda para entender todo lo dicho. Leámoslo y oremos.

- **Lector:** LECTURA DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES *Hch 3, 1-9*

  Pedro y Juan subían al templo para la oración de media tarde. Un hombre paralítico de nacimiento solía ser transportado diariamente y colocado a la puerta del templo llamada la Hermosa, para que pidiese limosna a los que entraban en el templo. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, acompañado de Juan, lo miró fijamente y le dijo:

  -Míranos.

  Él los observaba esperando recibir algo de ellos. Pero Pedro le dijo:

  -Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y camina.

  Lo agarró de la mano derecha y lo levantó. Al instante pies y tobillos se le robustecieron, se irguió de un salto, comenzó a caminar y entró con ellos en el templo, paseando, saltando y alabando a Dios. Toda la gente lo vio caminar y alabar a Dios;

  Palabra de Dios.

- **Monitor:** Tal como se nos proponía al finalizar la reunión anterior, si alguno de nosotros quiere compartir con el resto del grupo, ese signo que es significativo en su vida porque detrás encierra una historia que le confiere ese aspecto sacramental, como en las historias de los relatos del curso, es el momento de hacerlo

(Si se producen intervenciones, una vez terminadas estas se continua con un momento de oraciones en común)

- **Monitor:** Digamos ahora aquellas oraciones que deseemos compartir con todos. A cada oración contestaremos:

Señor, que sepamos estar atentos con los que sufren

  - Te pedimos por los que en nuestra comunidad parroquial están al servicio de los enfermos, por los agentes de la pastoral de la salud, por los ministros extraordinarios, que con sus vidas y acción te hagan presente en los hogares de los que sufren la enfermedad.

Señor, que sepamos estar atentos con los que sufren

  - Te pedimos por los que sufren la enfermedad, ya sea física o mental, que la fe en Cristo y la caridad de nuestras acciones sean el mejor y más firma apoyo en esos momentos.

Señor, que sepamos estar atentos con los que sufren

(Oraciones libres)

- **Padre Nuestro**

B. CONOCEMOS

La situación de enfermedad supone una experiencia profunda, radical, conmovedora, totalizante y en ocasiones dramática que nos conduce a una especie de extrañamiento vital y nos confronta con nuestra limitación y finitud, siendo siempre, de alguna forma, un anticipo, de la propia muerte.

En esta "**situación límite**" el enfermo se ve movido a tomar una decisión, de resignación pasiva, de rebelión, desesperación o de sentido en Dios. En ella "la frontera divina" del hombre" emerge más en carne viva y la "frontera humana de Dios" se muestra más encarnada. Porque, tengámoslo en cuanta, nada humano es ajeno a la misericordia de Dios, especialmente aquello que nos abre a Él desde nuestra contingencia y debilidad. Éste puede ser el punto de partida, para más allá de exaltaciones doloristas, descubrir el "rostro positivo" de la enfermedad y la presencia misteriosa y salvífica de la gracia.

En concreto, puede ser ocasión de discernir lo Absoluto, el amor incondicional de Dios, de lo relativo (dinero, éxito, poder, salud…). Quizá Dios puede encontrar el lugar que durante tanto tiempo le habíamos negado y la actitud personal pase de la autosuficiencia, a la conversión y, en última instancia, a la entrega confiada.

La enfermedad también puede autentificar las relaciones con uno mismo (descubriendo nuestra auténtica verdad), con los demás (descubriendo humildemente

la dependencia y la necesidad de la ayuda del otro) y con el mundo (aprendiendo a descubrir lo realmente valioso de la vida).

Finalmente, la manera de encarar el sufrimiento puede ser un magnífico taller de evangelización para los que nos rodean. Ahí los otros pueden sentirse interpelados, convertidos, llenos de esperanza, redimidos. En definitiva, no se trata de resignación pasiva, sino de transfiguración desde la fe de una realidad lacerante en instrumento de salvación. Es ahí donde encaja la acción curativa de la Iglesia en el sacramento de la unción de los enfermos.

Jesucristo, médico de cuerpos y almas, mostró compasión y poder curativo hacia los enfermos (cf. Mt 4,24; Lc 6,19), signos de la irrupción del Reino de Dios, de la "visita de Dios a su pueblo (cf. Lc 7,16). Su amor de predilección por los hombres sufrientes le lleva hasta identificarse con ellos, "estuve enfermo y me visitasteis",(Mt 25,36) Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias.

Esta actuación misericordiosa anuncia una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte en el misterio pascual. Ahí se aprecia que lo original de la lucha de Jesús es que no lo hace desde fuera del dolor sino en las entrañas del mismo: asumiendo nuestras angustias, sufriendo nuestros dolores, participando de nuestra debilidad, muriendo nuestra muerte. Y lo hace desde la fe, la esperanza y el amor, ofreciendo su vida al Padre por los hombres. Obrando así invirtió el sentido destructor del sufrimiento y lo hizo fuente de salvación. Algo le ha pasado al dolor y a la muerte desde que Cristo ha pasado por ella. La mayor curación de Jesús no son las sanaciones, sino el amor que invierte el sentido de lo negativo tornándolo positivo.

La Iglesia es el modo en que Cristo nos sigue tocando con amor para sanarnos. "¡Sanad a los enfermos!" (Mt 10,8). Desde los primeros tiempos ella es consciente de esta tarea, a realizar con la oración, la atención y los sacramentos. Ya en tiempos apostólicos hallamos un rito propio al respecto: "¿está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en nombre del Señor…" (cf. St 5, 14-15). La Tradición vincula aquí el sacramento que nos ocupa.

Destaquemos ahora los tres ejes del mismo:

1. **Cristológico**: en Cristo y desde el misterio de su Encarnación (cf. Jn 1,14), de su Pasión , "Ecce Homo" (Jn 19, 14-19) y, sobre todo, de su resurrección, "resucitó" (cf. Lc 24,6), encuentra luz y sentido la enfermedad del hombre. En la Pasión (nótese que es lo contrario de la acción) fue eliminada la maldición del mal, porque allí brillo esplendente la potencia salvífica del Amor. "Jesús en la cruz cumplió la obra más importante de su vida, porque derramó su sangre para salvar el mundo. ¡Qué unido está Jesús a Dios en la cruz, sin poder predicar, curar enfermos, visitar a la gente y hacer milagros, sino en inmovilidad absoluta! Pues bien, todo sufrimiento unido al "de una vez por todas de Cristo, "completa", en virtud de la comunión de los santos, lo que le falta a las tribulaciones de Nuestro Señor en favor de su Cuerpo, la Iglesia (cf. Col 1, 24). En un mundo donde impera el activismo, incluso en el ámbito evangelizador, la aceptación de las pasividades de la vida (por ejemplo la enfermedad), no resignadamente, sino como suprema acción de amor a los hombres y de fe en Dios (cual la de la Pasión con mayúsculas), supone una forma única de cristificar la propia vida y con ella, la Iglesia y el mundo. Al respecto, la indignidad y el absurdo del sufrimiento han sido abolidas,

transfigurados, abiertas a posibilidades creativas, generadoras de vida. Cada comprensión, cada delicadeza, cada gesto de perdón, cada oración realizada desde cualquiera de las cruces de este mundo, se erige como plataforma privilegiada para ofrecer TODA nuestra vida a esa obra insospechada de la gracia que hace de nosotros una paradójica oblación.

2. **Eclesiológico**: la mediación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, es imprescindible para hacer real la presencia del Señor. De lo contrario sería una presentación abstracta, "sin cuerpo". Además, en la medida en que la Iglesia, movida por el Espíritu, vive el amor y el servicio a los más indigentes en general y a los enfermos en particular, se realiza a sí misma como lo que es, "sacramento de salvación". Los enfermos, además de ser conciencia crítica al interior de la Iglesia, que la resitúan continuamente ante su misión, son el lugar privilegiado para expresar la fraternidad del Cuerpo de Cristo. El sacramento de la unción es el signo eclesial que corona esa solicitud esencial de la Iglesia, llamado a prolongarse tras el mismo.
3. **Pneumatológico**: la verdadera gracia del sacramento es el Espíritu Santo, seguridad de vida y salvación frente a la amenaza de la enfermedad, fortaleza frente a la debilidad, consuelo y fuerza frente al desánimo, confianza en la resurrección frente a la angustia de la muerte. Además, como efectos de esa gracia original, hallamos:
   - El perdón de los pecados (si el enfermo no ha podido celebrar antes la penitencia y la unción suscita en él la conversión y la fe) y la superación de sus efectos (debilidad espiritual, fragilidad moral, debilitamiento voluntad).
   - La integración de la perspectiva de la muerte, no colocada como centro del sacramento, pues no lo es, sino como horizonte escatológico, confiado y gozoso.
   - La manifestación de la curación corporal: dada la unidad anatómica, fisiológica, psíquica y espiritual del hombre, es posible que el fortalecimiento y alivio en el espíritu por el Espíritu, tenga también repercusiones en el cuerpo.

La celebración ritual de este misterio en su forma individual, aunque se manifiesta cierta preferencia por su realización comunitaria e incluso eucarística, viene marcada por los siguientes pasos:

1. **Ritos iniciales:**
   - Saludo, espontáneo y dialogal.
   - Aspersión con agua bendita: recuerdo del Bautismo y sacralización del espacio, ahora del Espíritu.
   - Monición del ministro.
   - Confesión sacramental o acto penitencial: sin culpabilizar ni excusar, simplemente ofreciendo confiados en la misericordia infinita nuestros extravíos.
2. **Liturgia de la Palabra:**
   - Lecturas
   - Letanías o preces: la Iglesia entera , representada en el ministro, la comunidad presente y el enfermo, expresa su fe, desde la "cruz" de la enfermedad; ¡Oración gratísima a los ojos del Padre!

- Imposición de manos: símbolo del amparo y de la protección de Dios.

3. **Liturgia del sacramento:**
   - Bendición trinitaria o acción de gracias sobre el óleo bendecido (si ya está bendecido por el obispo): se invoca o agradece así la presencia del protagonista principal del sacramento, la Santísima Trinidad.
   - Unción con el óleo sagrado en la frente (capacidad de pensar) y en la palma de las manos (capacidad de obrar): acto lleno de ternura que comunica la del mismo Dios y que a su vez otorga desde la perspectiva de la fe, la curación y el vigor vital simbolizados por el aceite.
   - Oración por el enfermo.
4. **Conclusión del rito:**
   - Padre Nuestro: ¡qué alivio tener por Padre en estos momentos al Señor de la historia, también de la nuestra!
   - Comunión: experiencia sensible de la presencia de Cristo médico de cuerpos y almas.
   - Bendición (= decir bien por parte de Dios) y despedida.

CONCLUSIÓN: la siguiente imagen es una conmovedora y expresiva representación del sacramento estudiado y de toda la Historia de la Salvación, una historia sin parangón, la de un Dios con-descendiente hasta el extremo por amor hacia nosotros.

MYSTERIUM INIQUITATIS VENCIDO POR MYSTERIUM

C. REFLEXIONAMOS

La unción no es un rito de despedida, no se sitúa en un contexto de muerte, sino de vida. Por eso ya no le llamamos extremaunción sino unción de los enfermos. De este modo, la comunidad no puede desinteresarse del enfermo después de la misma. Debe seguir acompañándolo y hacerle comprender que su experiencia es un misterio pascual, paso de Dios por él para animar, fortalecer, y ayudar a vivir con su fuerza una situación humanamente difícil de sobrellevar, con esperanza y consuelo.

Para ello existen en nuestra parroquia diferentes grupos que tienen como acción pastoral acompañar al enfermo y al mayor en su debilidad o enfermedad. ¡Cúantos mayores o impedidos reciben cada semana al Señor en sus casas gracias a los ministros de la comunión!, ¡Cuántos ofrecen su enfermedad como oración por las causas de la parroquia, por su pastoral, por sus necesidades, por las familias y por las intenciones de nuestra Misa dominical! Si nuestra comunidad se aleja del enfermo, si lo abandona o si no sabe estar a su lado, nuestra comunidad se empobrece lentamente. Incluso cuando se produce la muerte de un ser querido, es preciso que la parroquia se haga presente en ese momento tan doloroso para la familia, ayudándoles a preparar el funeral, ofreciéndose a rezar el Rosario y procurando que nuestra compañía, nuestra oración y nuestra presencia les ayude a descubrir el rostro misericordioso de Cristo que acoge en su seno a todos.

Dos actos son especialmente entrañables en nuestra parroquia a lo largo del curso: El primero, en el tiempo de Navidad , cuando los mayores, bien en sus casas, bien en las residencias de mayores de nuestra demarcación, celebran el nacimiento de Jesús con las eucaristías de navidad en las que los diferentes grupos de la parroquia –jóvenes, matrimonios, evangelización, adultos- llevan la alegría a estos hogares. El otro, en tiempo de Pascua, cuando la comunidad parroquial sale a la calle con el mismo Sacramento, para llevarles a los mayores y enfermos al resucitado. Además, como todos los años, celebramos en comunidad el Sacramento de la Unción. Este año la celebración será, D.m., el sábado 8 de Mayo. Pueden recibir el sacramento las personas ancianas, las personas enfermas y las que vayan a ser sometidas a una grave operación, para recibir el consuelo y la fuerza del Señor.

D. NOS COMPROMETEMOS

1. La experiencia de la muerte y la enfermedad es algo común a la mayoría de nosotros, ¿de qué forma lo hemos vivido? ¿Cómo Cristo y la Iglesia han estado presentes ahí?
2. ¿Cuál es nuestro compromiso con los enfermos y mayores? ¿Cómo podríamos aumentarlo?
3. Ya hemos terminado el curso, podríamos hacer ahora una breve puesta en común y hacérselas llegar al Consejo de Pastoral para mejorar estas catequesis. ¡Feliz verano!